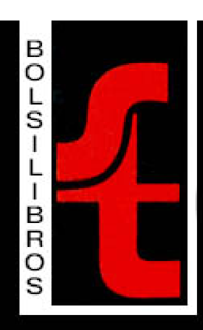


Selección TERROR

LA MUJER REPTIL

CURTIS GARLAND

Los ojos del médico forense se clavaron en un punto determinado del cuello, y los dedos trataron de aplanar allí un poco la inflamada epidermis violácea, como en busca de algo. El gesto del médico era de sorpresa y desorientación.

—¿Ve usted lo que yo veo, sargento? —indagó, pidiendo la ayuda del hombretón fornido, de uniforme azul.

Éste se aproximó más, estudiando algo que asomaba ahora en la piel del difunto. Sacudió la cabeza, perplejo.

—Si —convino—. Veo dos señales, dos protuberancias que parecen haberse formado en torno a dos orificios oscuros, rellenos de gotas de sangre negruzca. Como… como si le hubiera mordido… un vampiro, doctor.

Y la idea supersticiosa le estremeció inevitablemente.

El médico tuvo una rara sonrisa de ironía al asentir, despacio, replicando:

—Cierto, sargento. Parece la mordedura de un vampiro… o de un reptil. Un gigantesco reptil, diría yo… altamente venenoso. En suma: algo que no existe en Londres ni virtualmente, en ninguna parte del mundo.



Curtis Garland

La mujer reptil

Bolsilibros: Selección Terror - 93

ePub r1.0
Titivillus 29.09.16

Título original: *La mujer reptil*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Pórtico

Me pregunto si la larga y compleja época victoriana fue en realidad positiva o negativa para el Imperio Británico. Creo que Junto a sus momentos históricos más brillantes, presentó también el cisma que señalaba su total decadencia.

La era victoriana conoció paradojas como Kipling y su peculiar modo de ver el colonialismo, desde *Kim* hasta su inmortal *Libro de la Selva*. Conoció la crítica áspera y feroz —no del todo comprendida en su época—, del matemático Charles L. Dogson, alias *Lewis Carroll*, *Alicia en el País de las Maravillas* que, pese a satirizar cruelmente a su época y al gobierno Victoriano, mereció los plácemes y complacencia personal de la propia Reina, encantada con la lectura de uno de los más intencionados, inteligentes y sutiles «cuentos para niños» creados en la historia de la literatura. Conoció el inicio del desmembramiento de su esplendor colonial —a pesar de Mason y sus *Cuatro Plumas*, canto al heroísmo británico en Egipcio; a pesar de Kipling y su indudable genio creador y poético e incluso, a pesar de su gran poderío militar, político y económico—, y el momento quizás más brillante de los últimos tiempos de Inglaterra. Conoció también, infortunadamente, otras cosas célebres, aunque nada edificantes, como Jack *El Destripador* y cuanto su carrera de crímenes significaba; una sociedad aburguesada en exceso; demasiada miseria social, suburbios infectos, corrupción y negligencia… y hambre y miseria, sobre todo. El Destripador y su mundo inquietante y sangriento de un Whitechapel brumoso y siniestro, no es si no reflejo real de una época situada así en su justo punto medio, lejos de sus detractores sistemáticos, pero lejos también del brillo castrense de un Karthoum, de una India donde los brillantes uniformes ingleses contrastaban con la miseria, el hacinamiento y el respeto —muy político, pero muy poco realista y humano—, a unas caducas formas

de religión nativa que podían desembocar en cualquier momento en el caos. Y que, en el fondo, así está sucediendo ahora…

Las farolas de gas, la niebla típica londinense —¡gran tópico del novelista para dar «clima» a sus obras!— y la miseria de los suburbios de la gran ciudad, sólo eran reflejo de una época cargada de errores. El Destripador, personaje símbolo del terror, era un producto lógico de aquel tipo. No toda la culpa fue suya.

Quizá por ello, yo definiría siempre al terror como elemento casi inexorablemente asociado a tiempos de crisis presentidas, ya sean nacionales o mundiales, nunca se sabe. Pero crisis, en definitiva.

Así, tenemos el terror presentado por Mabuse, Caligari o *Vampyr*, y el expresionismo alemán, en los inicios del nazismo. Vuelve a aparecer inmediatamente antes de la Segunda Guerra Mundial, con el retorno de Frankenstein, Drácula y otros elementos eternos del miedo, en pantallas cinematográficas y escaparates literarios. Y hoy día, ahora, tenemos aquí de nuevo, el terror. ¿Un presagio? ¿Un temor instintivo en todos nosotros? Quizás…

Pero volvamos a la Reina Victoria y su largo reinado. Volvamos a su terror. A personajes propios de su época, de su momento, de su «clima». No será el Destripador. No será Jekyll o Hyde. Ni siquiera los «clásicos» de Stoker o de Mary W. Shelley.

Será un personaje terrorífico y atroz, digno vástago alucinante de su época: La Mujer Reptil. Creo que en ella se simboliza la Era Victoriana y lo que pudo haber de exótico, de heroico… y, a la vez, de sórdido y horrible.

Capítulo primero

Incidente

—Naj… Na…

Fue todo lo que dijo antes de morir.

En realidad, se pudieron oír perfectamente sus palabras pronunciadas con un hilo de voz, pero aguda y claramente. Luego, el hombre murió con una horrible convulsión final, y quedó allí, en medio del parque, con sus desorbitados ojos fijos en los setos y árboles que le rodeaban, como inmovilizados en algo que ya no estaba allí pero que aún debía de hallarse impreso en sus dilatadas pupilas, enfrentadas a lo desconocido. A algo que estaba muy lejos de toda posible deducción de los testigos de la escena.

El *policeman* se inclinó. Tocó suavemente el cuello del hombre, sobre su carótida. Luego, le desabotonó la camisa y auscultó su corazón. Al incorporarse, con el casco levemente torcido, pese al barboquejo, se limitó a sacudir la cabeza de un lado a otro, con gesto pesimista y apenado en su rostro pecoso, digno del frondoso bigote pelirrojo que casi tapaba sus labios.

—Está muerto —dijo secamente.

Y cubrió el cadáver con la vieja manta que alguien se había apresurado a traer al lugar de la tragedia, cedida por algún vecino próximo al parque.

Otros *policemen* rodeaban la zona, patrullando entre los setos, y alejando del mejor modo posible a los curiosos que, en nutridos grupos, se aproximaban hacia el bulto tendido sobre la tierra del sendero del parque.

Más allá, la neblina de la noche, aun sin ser demasiado densa, difuminaba formas y luces, en un juego de sombras y manchas luminosas de color amarillento. Las farolas de gas se perdían

prontamente en la bruma del apacible otoño que estaba disfrutando Londres aquel año de 1887.

No lejos de allí discurría la oscura y sinuosa línea amplia del Támesis, perdiéndose del mismo modo en aquella mezcla fantasmal de siluetas a medio diluir, manchas de claridad de gas y sus reverberos vacilantes en las negras aguas, sucias y malolientes en casi todo el curso ribereño que atravesaba la capital.

Al pie de una de las farolas, crudamente alumbrado por ella, reposaba aquel bulto humano, a la espera de que los agentes especializados de Scotland Yard hicieran su aparición.

Alguien comentó en voz baja, aprensivamente:

—¿Oísteis a ese pobre hombre cuando agonizaba? Dijo algo raro…

—Sí —asintió otro lúgubremente, inclinando su rostro alargado, caballuno, hacia la zona iluminada—. Dijo… dijo algo así como, como Najna…

—¿Najna? ¿Qué significa eso? —rezongó un tercer curioso.

—Creo que lo dijo separadamente. Con mucho tiempo entre una y otra sílaba…

—Naj…na —corroboró otro, que acudía ahora, y se hallara en privilegiada situación, muy próximo al moribundo, para haber captado claramente sus últimas palabras.

—Bueno, de todos modos…, ¿qué diablos significa Najna o Naj-na? —protestó el primero que hablara—. Yo no conozco el sentido de eso.

—Tampoco yo —rió otro, exhibiendo sus desiguales dientes amarillentos entre la barba crecida, del típico habitante astroso y desaseado del barrio donde se hallaban—. ¿Alguien lo sabe, tal vez?

Hubo un silencio. Varias cabezas se movieron en sentido negativo. La perplejidad presidía la expresión de casi todos los presentes. Un *policeman* se aproximó con aire enérgico.

—Vamos, vamos, desalojen esto —pidió secamente—. Sigan su camino. Aquí no tienen nada que hacer. Despejen, despejen.

Los fue dispersando sin demasiada brusquedad. Por regla general, los individuos de aquel distrito londinense, especialmente los noctámbulos, acostumbraban a sentir una especial alergia hacia los uniformes y cascos de los *bobbies*, que hacía innecesario que éstos pusiesen demasiado énfasis en alejarlos de donde se hallaban.

Si ahora habían permanecido allí, en torno al lugar del suceso, era simplemente porque la presencia del hombre agonizante les atrajo morbosamente, acaso para comprobar si se trataba, una vez más, de uno de los numerosos crímenes que tenían lugar en las calles de la ciudad durante las noches de niebla en los últimos años.

Pero aquello no parecía esta vez una muerte causada por ser humano alguno. Uno de los agentes de policía lo había manifestado en voz alta, momentos antes:

—El pobre diablo no ofrece señales de violencia. Sencillamente, su piel aparece amoratada e hinchada. Parece como si hubiera sufrido una intoxicación muy fuerte… o hubiera ingerido algo en malas condiciones.

De un carruaje se apeó cerca del punto controlado por los *policemen* un hombrecillo con sombrero hongo negro y macferlán de igual color, llevando en su mano un maletín de piel que denunciaba claramente su profesión: era el médico forense.

Se aproximó al lugar donde yacía el cuerpo tapado por la manta, y tras un saludo rutinario a los policías, preguntó al que lucía las insignias de sargento en su uniforme azul oscuro:

—¿Y el inspector Allen? ¿No anda por aquí?

—No, doctor —negó el sargento—. Todavía no se ha presentado. Tenía un caso de asesinato en Blackfriars. Una pobre prostituta degollada. Las cosas de siempre, ya sabe…

—Sí, ya sé —suspiró el médico—. Seguramente el doctor Burke se habrá ocupado de eso. ¿Qué clase de suceso es éste, sargento? ¿Otro crimen?

—No lo parece. Pero nunca se sabe —el policía se encogió de hombros—. Usted puede que nos saque de dudas. Estaba vivo cuando lo hallamos. Se arrastraba por el parque, con un gesto horrible, como si hubiera visto al diablo en persona. Murmuraba cosas incoherentes. Parecía tener casi totalmente paralizada la lengua. Un hombre lo advirtió, llamando a uno de mis hombres. Tuvimos tiempo de acudir varios más, antes de que falleciera. Yo diría que ha muerto intoxicado, pero usted entiende de eso mucho más, doctor.

—A veces, no estoy tan seguro —rezongó malhumorado el forense, inclinándose sobre el cadáver.

Alzó la manta. Pareció sobresaltarle el aspecto del cuerpo, con el

brillo violáceo de su cara y manos, fuertemente hinchados. Los ojos, desorbitados, emergían, como los labios ennegrecidos y la lengua deforme en el rostro estremecedor del difunto.

—Parece como si lo hubieran estrangulado —dijo roncamente el médico.

—Sí, eso pensamos en principio —admitió el sargento—. Pero no ofrece señal alguna de violencia en su garganta. No le asfixiaron. Además, ya le dije que vivió varios minutos, en la agonía, arrastrándose por ahí, como paralizado de ambas piernas.

—¿Paralizado? —Frunció el ceño el forense—. ¿Y los brazos, sargento?

—Bueno, los movía torpemente. No los dos, sino uno solo: el izquierdo. Finalmente, tampoco ése lograba moverlo. Parecía un fardo, de tan pesado y torpe.

—Ya —el médico asintió con un brillo peculiar en los ojos. Palpó el rostro hinchado, las manos inflamadas y oscuras. Examinó la rigidez de brazos y piernas, muy acentuada para llevar muerto sólo unos minutos—. ¿Sabe una cosa, sargento?

—¿Sí, doctor?

—Creo que este hombre murió envenenado.

—Es lo que imaginaba. Acaso algún tóxico, algún alimento contaminado.

—Pudiera ser, pero… ¡hola! ¿Qué es esto? —Se inclinó sobre el cuello de la víctima y pidió con gesto vivo la lámpara a uno de los policías—. Deme luz, aquí, por favor…

El agente obedeció. Curioso, inclinóse el sargento a su lado. La niebla aumentaba en intensidad a medida que entraban en la madrugada. Alrededor del lugar ya sólo se veía el bailoteo de sombras de las figuras de los policías, iluminadas por las farolas de gas o las lámparas oscilantes en sus manos.

Los ojos del médico forense se clavaron en un punto determinado del cuello, y los dedos trataron de aplanar allí un poco la inflamada epidermis violácea, como en busca de algo. El gesto del médico era de sorpresa y desorientación.

—¿Ve usted lo que yo veo, sargento? —indagó, pidiendo la ayuda del hombretón fornido, de uniforme azul.

Éste se aproximó más, estudiando algo que asomaba ahora en la piel del difunto. Sacudió la cabeza, perplejo.

—Si —convino—. Veo dos señales, dos protuberancias que parecen haberse formado en torno a dos orificios oscuros, rellenos de gotas de sangre negruzca. Como… como si le hubiera mordido… un vampiro, doctor.

Y la idea supersticiosa le estremeció inevitablemente.

El médico tuvo una rara sonrisa de ironía al asentir, despacio, replicando:

—Cierto, sargento. Parece la mordedura de un vampiro… o de un reptil. Un gigantesco reptil, diría yo… altamente venenoso. En suma: algo que no existe en Londres ni virtualmente, en ninguna parte del mundo.

* * *

—¿Que no existe en ninguna parte? ¿Un reptil venenoso? Puedo nombrarle varios, doctor Greene. Serpientes y víboras que…

—Por favor, inspector Allen, no insista —suspiró el doctor Herbert Greene, con un gesto enérgico de rechazo—. Sé lo que hará. Nombrarme serpientes cobras y cosa parecida, ¿no es cierto?

—Claro. Y también.

—Pierde el tiempo y la discusión —sonrió el doctor Greene—. Esos ofidios se caracterizan, precisamente, por *su pequeñez*. Ninguno es de grandes proporciones. La pitón o la boa, pongamos por caso, matan por estrangulación a la víctima, gracias a sus poderosos anillos. La culebra venenosa, como la coral americana o la cobra oriental, lo hacen a través de sus colmillos acanalados que vierten en la herida el veneno de sus glándulas. En ningún caso son de gran tamaño. De modo que no nos sirve la argumentación.

—Usted sabe bien lo que el doctor Kelly, el forense de servicio, ha dictaminado tras la autopsia de ese desdichado que hallaron en el parque de Whitechapel. La muerte se produjo por envenenamiento, a causa de la mordedura mortal de un ofidio venenoso de grandes proporciones a juzgar por la dimensión de sus colmillos. La mordedura tuvo lugar en el cuello, sobre la carótida, y no existe ninguna otra señal de violencia en el cadáver.

—Por favor, inspector Allen, el doctor Kelly no es ningún experto en zoología. Yo, sí. Y puedo asegurarle que es cierto cuanto

le digo…

Hubo un silencio en el Club. El inspector Thorley Allen, de Scotland Yard, miembro como el propio doctor Herbert Greene, del prestigioso Club de Solteros de Regent Street, fumó en silencio en su pipa de ámbar, pensativo. El médico y naturalista, entre tanto, estudiaba sobre el tablero de ajedrez en el que estaba practicando solo, una maniobra ofensiva con las negras, después de salvar a su rey de un jaque peligroso.

—De todos modos, he dado orden de buscar por todo Londres a los posibles causantes de esa muerte —dijo obstinado el policía, hablando mientras mordisqueaba la boquilla de su pipa con apretados dientes—. En suma: toda clase de ofidios venenosos que sean hallados, serán examinados inmediatamente.

—¿Qué espera conseguir con eso? —Una sonrisa algo maliciosa flotó en los labios del doctor Greene.

—No lo sé. De momento, mis hombres recorren el zoológico, los circos y las instalaciones de investigación animal de todo el área londinense, en busca de una pista que nos conduzca a un posible ofidio responsable de esa muerte.

—Una serpiente deslizándose por las calles de Londres en plena noche, y atacando a un solo hombre de súbito —el doctor Greene sacudió la cabeza de un lado a otro—. La verdad, no lo veo muy claro.

—¿Existe otra posibilidad?

—Pudiera ser, inspector. Usted sabe de eso más que yo. ¿No ha pensado en un posible individuo que llevase consigo, en una cesta, al ofidio asesino, y lo lanzará *intencionadamente* sobre ese hombre del parque?

—¿Un crimen? No, no —la cabeza maciza y rubia del policía se agitó negativamente, con rotundidad—. No lo creo, doctor. El muerto era un pobre diablo, un vagabundo. De raza hindú, emigrado a la metrópoli hace ya varios años, desde su nativo Bombay. Tuvo un negocio de baratijas, luego fue buhonero, y ahora se dedicaba virtualmente a mendigar y a comer algo caliente en los refugios, para indigentes de Whitechapel o de Blackfriars. ¿Quién piensa en matar a un hombre semejante, doctor?

—Ciertamente, nadie —admitió el médico, frunciendo el ceño. Luego, tuvo un encogimiento de hombros—. En fin, inspector. Le he

dicho cuanto podía serle de alguna ayuda. Dudo mucho, no obstante, que encuentre usted a «su» reptil.

El doctor Greene tuvo razón. Una semana más tarde, el inspector Thorley Allen archivaba el caso como uno más en los *dossiers* de asuntos sin resolver. Ninguna mordedura de reptil venenoso encajaba con la herida del desdichado hindú muerto en el parque, entre el Puente de Londres y la Torre, frente a las oscuras aguas del Támesis, y en un distrito urbano donde, desgraciadamente, la policía tenía casos mucho más preocupantes y sangrientos que aquél, para desentrañar día tras día.

Lo cierto es que aquella muerte no despertó ningún interés en el público, ni tan siquiera los periódicos, incluido el sensacionalista y morboso *Ilustred Police News*, con sus dibujos de portada rebosantes de sangre y de horrores,[1] le prestaron la más mínima atención, salvo una mención rutinaria, perdida en el interior de sus páginas amarillas.

Y, sin embargo, era el principio de una historia tan sangrienta como espeluznante, que muy pronto iba a estremecer de horror a todo Londres.

Capítulo II

Kali

El estrangulador dispuso su negra cuerda de seda.

Las manos broncíneas y crispadas tiraron de la pieza mortífera hasta que vibró ésta como una cuerda de guitarra. En el Jardín apacible y silencioso, unos ojos negros centelleantes y crueles, ardían con un raro fuego interior, abrasador y fanático. El cuerpo delgado, enjuto y felino, se deslizó sinuosamente entre los macizos de flores y los setos bien cortados.

La casa estaba ya cerca. Todo en ella parecía dormir a tan avanzadas horas. La niebla espesa de la ciudad, era allí solamente una bruma tenue, como un velo gris o un humo difuso, que se enroscaba a los seres y a las cosas, difuminándoles en la noche.

Allá, en la fachada del señorial edificio de aquella zona residencial de Regent's Park, no brillaba una sola luz. La noche era brumosa, pero no fría. Flotaba en el aire de inicios de otoño una humedad bochornosa. Quizá por ello, algunos balcones aparecían entreabiertos, ventilando el interior de los dormitorios.

Los ojos fulgurantes y malignos parecían saber muy bien cómo orientarse. Se clavaron, fijos, en un balcón central, con amplia balaustrada de piedra blanca. Enredaderas frondosas reptaban por los muros, terminando por enroscarse en aquella balaustrada. Una sonrisa siniestra iluminó el rostro cetrino, de huidizas facciones y angulosa contextura. Los dientes eran iguales y blancos, y los labios oscuros, algo amoratados.

Un ramalazo de claridad de una de las pocas farolas de luz de gas dispersas por el amplio jardín de la mansión, revelaron el negro envoltorio de seda que cubría la cabeza del intruso amenazador: un turbante.

Iba desnudo de cintura para arriba, y sus pantalones, ceñidos a las piernas enjutas, también era negros. Calzaba unas sandalias suaves, blandas, que no producían el menor ruido. Por todo armamento, sus manos sólo llevaban aquel cordón de seda. La más mortífera de las armas imaginables, en manos de un experto: el instrumento de estrangulación usado por las sectas asesinas de la India.

El intruso era un hindú. Y el motivo de su sigilosa visita nocturna a la mansión de Regent's Park, estaba bien claro, asesinato.

A muchos miles de millas de distancia de la calurosa y misteriosa tierra india, donde los ingleses mantenían su Imperio colonial, un nativo de aquel país, un estrangulador de la Diosa Kali, iba a ejecutar una sentencia de muerte.

Cuando su cuerpo empezó a reptar, sigiloso y elástico, enredaderas arriba, la Muerte silenciosa e implacable se aproximó a alguien que dormía en la casa, bien ajeno a la amenaza que sobre sí se cernía.

Alguien situado más allá del entreabierto balcón de la blanca balaustrada, objetivo del intruso asesino. Alguien que reposaba entre sábanas bordadas, costosas y suaves.

Alguien de bello y sinuoso cuerpo, de curvas sensuales y generosas, que la sábana permitía siluetear o asomar voluptuosamente, con el descuido de quien sabe que sus encantos físicos no pueden ser admirados por nadie en la intimidad de un dormitorio.

Una mujer joven y hermosa.

Era la víctima escogida por el estrangulador.

* * *

El alarido de una mujer rasgó la noche.

Fue como si, de repente, el silencio que pesaba sobre la residencia de Regent's Park se partiera en dos, golpeado por un objeto demoledor. O como si un tejido espeso y viscoso se desgarrara al tajo de un arma afilada.

Esa calma, esa quietud y silencio, se habían roto con dramática

brusquedad. Al grito de mujer, desgarrador y agudo, siguió una sorda imprecación de hombre, el silbido sutil de algo manipulado diestramente por manos expertas…

Un cordón de seda que parecía vivo, como un implacable reptil negro en manos de su dueño, buscó un blanco cuello femenino, sentenciado a ser abrazado por el lazo mortal.

El grito se repitió, conmocionando a toda la casa, al tiempo que caía algo con estrépito de vidrios rotos. A eso siguió un forcejeo, la caída de un cuerpo… y luego, de súbito, un nuevo alarido espeluznante, esta vez proferido por otra voz más bronca y dura que la anterior.

Se percibió lucha, jadeos, el tropezar de cuerpos contra las puertas entreabiertas del balcón, contra la balaustrada… y finalmente, con otro ronco alarido de horror sin límites, un cuerpo saltó la baranda y fue a estrellarse con sordo impacto sobre las baldosas de piedra que discurrían en forma de amplio sendero en torno a la casa, separando a ésta de la gravilla y los setos del jardín.

Para entonces, ya se agitaba la vivienda toda, con numerosos pasos, carreras, voces, llamadas de alarma… y varias luces parpadearon en corredores y escaleras.

Alguien dijo que el ruido procedía de arriba, y todos ascendieron por la amplia escalera principal. Un cortejo de figuras a medio vestir, amedrentadas e inquietas las expresiones, temblorosas las manos que sostenían quinqués velas y candelabros, corrían hacia lo alto, en tanto otras personas se ocupaban de prender los mecheros de gas de las lámparas adosadas a los muros empapelados de tonos ocres y sobrios.

—¡Ha sido arriba, seguro! —Insistía una mujer de cabellos canosos, con toda la apariencia de dedicarse al servicio de la casa—. ¡Arriba, señores, estoy segura! ¡Pobrecita señorita Hazel, Dios mío! ¡Estoy segura de que todo procedía de su dormitorio!

En la habitación solamente se oía un jadeo apagado y el movimiento sutil y sigiloso de una sombra, imposible de reconocer o distinguir en las tinieblas, aunque lo cierto es que tampoco nadie pudo estar presente para verla.

Luego, se hizo el silencio y no hubo señal alguna de vida. Solamente una mujer tendida en el suelo del dormitorio, inconsciente junto a las sábanas caídas del lecho, desnudos sus

muslos nacarados, enhiesto un seno virginal… y con un estremecedor lazo de seda negra colgando de su cuello, al que se había enroscado sin la suficiente fuerza o presión para provocar la muerte, aunque sí para dejar una huella violácea en la suave piel femenina, y causar la pérdida de conocimiento de la víctima…

No lejos de ella, yacía hecho pedazos un quinqué. Más allá, el balcón abierto asomaba al jardín y la neblina. Abajo, al pie del mismo, yacía sin vida un oscuro cuerpo humano.

Eso fue todo lo que encontraron los que, poco más tarde, forzaban la puerta de la alcoba e irrumpían allí con gritos roncos y angustiados:

—¡Hazel!

—¡Señorita Hazel, por el amor de Dios!

—¡Hazel, hija mía…!

* * *

—No hay la menor duda. Se trata de un buhonero.

—¿Buhonero?

—Sí. De raza hindú. Sus huellas coinciden: Chandra, propietario de un comercio ambulante de chucherías indias. Figura como emigrante de las colonias desde hace cinco meses, en la metrópoli. Tiene sus documentos en regla, y no posee antecedentes delictivos.

—Sin embargo, cometió esta noche suficientes delitos para ingresar por varios años en la cárcel: allanamiento de morada, nocturnidad, escalo, intento de asesinato…

El sargento Floyd Corman enarcó las cejas con aire perplejo y contempló el cadáver tendido a sus pies. Luego, observó cómo era conducido, a un carruaje tirado por dos caballos, con el distintivo de las ambulancias urbanas. Las puertas de atrás se cerraron tras el fúnebre ocupante, y el vehículo se alejó, trotando sus animales de tiro sobre el empedrado de Prince Albert Road, hacia el centro de la ciudad.

En las baldosas de piedra, manchadas por la sangre del cráneo aplastado del hindú y de su hemorragia interior, que se manifestara a través de nariz y oídos especialmente, no quedó sino el trazo en tiza blanquecina, del perfil del cuerpo recién evacuado para su

autopsia y espera legal en la Morgue.

—Un buhonero hindú… muerto —comentó el *policeman*, con sus azules ojos muy abiertos—. ¿Le recuerda algo, inspector?

—Sí —afirmó secamente el inspector Allen, sin mirarle—. Me recuerda algo, sargento.

—¿Y…? —La pregunta del policía uniformado quedó en el aire.

—Y… nada, por el momento —suspiró Thorley Allen, hundiendo sus manos en los bolsillos del gabán gris a cuadros, sin abotonar, que caía de sus amplios hombros—. Es sólo eso, una posible coincidencia. Pero la tengo en cuenta, no lo dude.

—No, no lo dudo, señor.

—Por otro lado, aquel hombre no era buhonero, sino mendigo. Y no era… un estrangulador. Parecía demasiado viejo para tal tarea.

—Pudo haberlo sido antes —sugirió el sargento—. He oído hablar de misteriosas sectas en la India. Ya sabe usted, señor: fanáticos y enemigos del Imperio, que sólo creen en sus milenarias supersticiones. Hay estranguladores, pero también «santones», sacerdotes, gente de autoridad encargada de los ritos. Cualquiera de ellos pudo fingirse un mendigo durante años… infiltrando aquí, en Londres, a los adictos a su terrible secta asesina.

—Siempre pensé en esas sectas y en sus ejecutores como en algo ingenuo y ridículo, producto de prejuicios y de antagonismos raciales, sargento —confesó apagadamente el inspector Allen, sacudiendo la cabeza.

—Pues yo diría que no, inspector. No hay nada de eso en la existencia real de sectarios dispuestos al crimen, que odian hasta la muerte a los hombres blancos, especialmente a los británicos. ¿Lo duda acaso?

La voz, grave y profunda, brotaba a espaldas de los dos hombres de Scotland Yard. El uniformado y el que vestía de paisano se volvieron simultáneamente hacia la fachada de piedra firme de la mansión. Un hombre alto, joven y broncíneo, permanecía en pie ante ellos. Quizá su piel curtida destacaba aún más, con aquel tono de yodo, a causa del rubio intenso de su cabello y el gris verdoso de sus ojos astutos.

Era alto, esbelto y atlético. Vestía impecablemente, a la usanza colonial, chaqueta color gris, abotonada, pantalón y botas de montar, de color azul uno y negro las otras, y llevaba en sus manos

enguantadas una corta fusta de cuero trenzado, para azuzar a un imaginario caballo que ni el sargento ni el inspector lograban ver.

—Perdone, señor —habló el inspector Allen, cortésmente—. Si le he visto antes, temo no recordar su nombre…

—No, no me ha visto antes —suspiró el joven—. Acabo de llegar.

—Ya. ¿A caballo?

—No —rió suavemente el desconocido. Miró su fusta, con gesto irónico—. Pensaba salir hoy a caballo con mi prometida. Me temo que eso tendrá que esperar. No es el momento adecuado para un apacible paseo por Saint John's Wood, o por Maida Vale.

—¿Por la niebla, quizá? —También la ironía presidió el tono amable del inspector.

—No —el joven arrugó el ceño, dejando vagar la mirada por el jardín, cubierto a medias por la capa de bruma pastosa de aquel día otoñal, cargado de humedad. Señaló con la fusta al suelo, a la silueta trazada del cuerpo humano ya desaparecido—. Por eso, inspector.

—Entiendo —asintió el policía—. ¿Es usted el prometido de la señorita Dawson?

—Así es. De Hazel Dawson, inspector, no de Virginia.

—Ya. Virginia es su joven prima, ¿no?

—Virginia es sobrina del mayor Dawson y de *lady* Dawson. Prima de mi prometida Hazel, víctima desgraciada de lo que anoche tuvo lugar en esta casa, inspector.

—Yo más bien diría que la víctima real fue un hindú llamado Chandra, señor…

—Reed. Patrick Reed.

—Bien, señor Reed. Su prometida pudo haber muerto anoche. El estrangulador lo intentó cuando menos. Pero algo o alguien pudieron vencer a ese temible sectario de la diosa Kali. Y lo arrojó por el balcón o le obligó a tirarse provocándole la muerte.

—Eso se me antoja improbable, inspector. Él creería que había matado a Hazel y escapó, con tan mala fortuna, que…

—Un momento, señor Reed —le cortó el policía, alzando un brazo enérgicamente—. No creo que un estrangulador fanático se equivoque con una víctima a quien ha logrado aferrar con su lazo de muerte. Y menos aún, que escape tan torpemente como para

matarse desde una altura tan escasa.

—Pues entonces, inspector… ¿qué sucedió, según usted? —Y un brillo malicioso bailoteaba en el fondo de las pupilas de su joven y enigmático interlocutor.

—Me sería difícil responderle ahora, pero creo que «algo» hizo huir al estrangulador, causándole tal terror que le obligó a dejar a su víctima y le forzó a saltar el balcón tan torpemente, que cayó de bruces sobre las baldosas, donde halló la muerte inmediata.

—¿Existe algo en el mundo que aterrorice a un fiel servidor de la diosa Kali? —dudó el joven Reed, enarcando sus rubias cejas.

—Hasta ahora creí que no —dijo el inspector Allen, con un resoplido—. Pero habrá que empezar a cambiar de idea, señor Reed… Ah, y por cierto, ¿usted cree que puede existir alguna razón para que un asesino al servicio de la cruel divinidad hindú venga a esta casa a matar a su prometida?

Patrick Reed afirmó despacio, con un lento movimiento de cabeza lleno de firmeza.

—SI, inspector —musitó—. Existe. No sólo uno… sino varios motivos. Por cualquiera de ellos un estrangulador pudo venir desde la India a Londres, con la sola idea de matar a un miembro de la familia Dawson…

* * *

—Mi querido Pat tiene razón, inspector —susurró cansadamente el mayor Spencer Dawson, militar retirado del ejército británico—. Hay más de un motivo, desgraciadamente. Pero hasta hoy pensé que todo eran simples paparruchas.

—¿Paparruchas? ¿A pesar de estar en la India?

—Sí, inspector —dijo el exmilitar, acariciándose pensativo sus bigotes frondosos, muy blancos y cuidados sobre la atezada faz de hombre de las colonias—. A pesar de ello. Creo que ha sido un error, pero muy comprensible. Uno, por muchos años que lleve en ella, nunca llega a conocer exactamente la India.

—Eso empiezo a creer. ¿Cuántos años estuvo usted allí, mayor?

—Exactamente treinta y cinco años. Toda una vida, inspector.

—Treinta y cinco… Entonces, su hija, su sobrina.

—No, se equivoca —cortó rápido, el militar—. Tanto mi hija Hazel como mi sobrina Virginia, nacieron en lo metrópoli. No permití que viesen la luz por vez primera en aquel país.

—Entiendo —el inspector ocultó su sonrisa ante la instintiva serie de prejuicios que adivinaba en el militar—. ¿Su esposa y su cuñada viajaron a Londres?

—Sí. En ambas ocasiones. Desgraciadamente, mi cuñada no tuvo suerte. Al nacer Vicky… quiero decir Virginia… murió del parto. Nunca regresó a la India ni a parte alguna. Mi esposa. Jane, ha sido como una madre para ella durante estos diecinueve años. Y, al mismo tiempo, no ha abandonado un solo instante a su propia hija, a nuestra querida Hazel, por supuesto. Pese a todo, ha sido una niña mimada. De ello puede hablarle mi hijo Clifford, pero tendrá que esperar a que regrese de la India.

—¿Tiene un hijo allá?

—Sí. El mayor de todos los jóvenes Dawson. Hazel tiene casi veintiún años. Será mayor de edad en sólo seis meses. Clifford, teniente del Ejército de Su Majestad, está destacado en Lahore. Pero creo que tendrá un permiso que le traerá durante casi un mes a Londres, no tardando mucho. Seguramente antes de Navidad, inspector.

—Sí, comprendo —el policía entornó los ojos, pensativo—. Dejemos a su hijo, el teniente Dawson, y hablemos de cuantos componen ahora la familia… y el servicio de su casa. ¿Es cierto que algunos de sus servidores son nativos de la India, traídos desde allí a su regreso de las colonias, mayor?

—Bueno, sólo en dos casos —sonrió el exmilitar apaciblemente —. Ramad, mi fiel criado actual, fue asistente mío en Bombay, Hyderabad y Madras durante muchos años. Quise recompensar su fidelidad y, cuando se hizo mayor, conseguí su baja del ejército bengalí, para traerlo conmigo como ayuda de cámara personal mío. En igual situación se encuentra aquí Moksha.

—¿Moksha?

—Es la doncella de mi hija y de mi sobrina. Una muchacha india prodigiosamente bella, inteligente y discreta. Nunca tuvimos queja de ella, inspector.

—¿No cree que Moksha ni Ramad estén conectados de algún modo con la secta de Kali?

—¡Cielos no! —Se escandalizó el mayor abriendo sus ojos—. Ramad es fiel como el perro más noble del mundo. En cuanto a Moksha… le debemos mucho. Todos nosotros.

—¿Le deben? ¿En qué sentido, mayor? —se interesó el inspector.

—El mayor se refiere a lo que hizo en Hyderabad para salvar la vida de Hazel y Virginia —terció el joven Reed, sonriente.

—¿Salvó sus vidas? —Pestañeó el policía—. ¿Cómo?

—Una serpiente atacó inesperadamente a Virginia, en las ruinas de un viejo templo hindú, cerca de la localidad de Kolhapur. Era venenosa y la acometió antes de que pudiera evitarlo. Su mordedura era mortal, y nadie reaccionó en aquel momento. Hazel, presente en el hecho, se quedó sobrecogida, sin saber qué hacer. Clifford, su hermano, vaciló demasiado tiempo, horrorizado. Y Virginia gritaba y gritaba, viendo la mordedura terrible en su brazo, justamente sobre las venas… Fue entonces cuando Moksha, con una serenidad y valor increíbles, se precipitó sobre ella, succionó el veneno de la herida, lo escupió, cauterizó luego la mordedura con un cuchillo al rojo vivo, que hizo desvanecer de dolor a Virginia y de angustia a Hazel, y así evitó que la ponzoña del reptil causara la muerte inevitable a Virginia.

Hubo un silencio en el confortable y suntuoso salón de la residencia Dawson. El inspector Allen contemplaba al joven Reed con rara expresión en su rostro hermético, a medida que éste avanzaba en su impresionante relato.

Tras aquella pausa tensa e inquietante, el hombre de Scotland Yard aventuró una pregunta trivial en apariencia, que pareció relajar la tensión reinante:

—Ese reptil…, ¿era… era una cobra, señor Reed?

—Sí —asintió Patrick Reed, mirándole—. Era una cobra hindú, inspector.

Capítulo III

Moksha

—Sí —suspiró la joven—. ¿Tiene algo de sorprendente señor?

Thorley Allen contempló la exótica, rara belleza, con un pestañeo de viva admiración incontenible. No era racista ni lo sería jamás. Pero siempre había pensado que una mujer hindú, pese a toda posible atracción, no dejaba de ser una mujer hindú.

Moksha era algo más que eso. Era bellísima. Inquietante y hermosa como pocas. Con el misterioso atractivo de su mundo y de su gente. Con aquella especie de tenue, embriagador aroma a sándalo e incienso que parecía flotar en torno de ella, como escapando de los poros de su tersa piel broncínea, de sus formas rotundas y firmes, marcadas casi procazmente por las translúcidas sedas claras de sus ropas tradicionales, pero sin que llegara a resultar exhibicionista o lasciva. Morena, sensual, de oscuros ojos fulgurantes, de boca carnosa, blanquísimos dientes y azulado pelo, con un lunar rojo oscuro, circular, sobre su entrecejo.

Muy joven. Muy bella. Extraña y distante, sin duda alguna. Pero hablaba un inglés perfecto, y parecía llena de naturalidad y deseos de ser útil a los demás.

—Sorprendente, dice —jadeó el policía—. Yo diría que terriblemente sorprendente, jovencita. Succionó un veneno mortal, lo escupió, y cauterizó en vivo una herida, salvando a una persona de morir. ¿Eso le parece poco?

—Es normal en mi pueblo —rechazó ella, encogiéndose de hombros—. No había otro medio de impedir que el veneno de la cobra llegase al corazón de la señorita Dawson.

—Lo sé. Pero hace falta mucho valor para eso. Y mucha seguridad, además. La felicito —se inclinó de repente hacia ella—.

¿De verdad… de verdad, era una cobra? ¿No podía ser otra especie de reptil?

—No, no —rechazó ella, con amplia sonrisa divertida—. Era una cobra. Sólo ella puede ser mortal con el veneno. Yo conozco a las cobras, Inspector. Las he visto más de una y más de cien veces…

—¿Ha visto alguna vez una cobra gigante?

—¿Gigante? ¿Una cobra? —Los ojos oscuros de Moksha se abrieron enormemente, entre sorprendidos y divertidos—. Oh, no, claro que no. No existen. La cobra es un reptil pequeño. Su arma es el veneno, no la fuerza de sus anillos, inspector.

—Lo sé. Siempre ha sido así —refunfuñó Allen—. He leído varios volúmenes de zoología, Moksha. Pero hay algo más, he tenido un caso. Un hombre murió envenenado. La mordedura y el veneno eran de una cobra. El tamaño de su agresor, no. Correspondía a una cobra cinco o seis veces su tamaño normal, al menos en cuanto a sus colmillos.

—Imposible —negó ella, rotunda—. No existen. Ni en la India, ni en ninguna parte.

—Oh, por supuesto —aceptó el policía—. Pero entonces… ¿cómo pudo suceder eso?

—No lo sé, inspector —ella le contempló fijamente, sin inmutarse su hierático, bellísimo rostro exótico—. Lo cierto es que no puedo ayudarle. Creí que me preguntaría sobre… sobre lo de anoche. Sobre la señorita Hazel y ese horrible individuo que entró en casa…

—Sí, iba a preguntarle sobre ello. Pero algo me hizo cambiar de idea —hizo un ademán expresivo—. Olvídelo. Sé que son tonterías. Limitémonos al caso actual. ¿Cree que algo pudo asustar, hasta el punto de hacerle arrojarse por el balcón, a un hombre como el que llegó al dormitorio de Hazel Dawson, nada menos que un estrangulador de la diosa Kali? Usted, que es hindú, puede aclararme eso mejor que nadie, Moksha.

Moksha clavaba sus inquietantes ojos enigmáticos en el inspector. Luego, respondió gravemente:

—No. Nada asusta a un fiel servidor de la diosa Kali, puedo asegurárselo.

—¿Asegurármelo? ¿Rotundamente?

—Rotundamente —sonrió ella—. Sé de lo que hablo.

—¿Acaso… acaso conoce usted personalmente a alguien que sirva a la diosa Kali? —Fue la repentina y aguda pregunta del inspector Allen.

—Pues… no —hubo una leve, levísima vacilación en la voz de ella, educada y cálida—. No he llegado a tanto, inspector. No todos los hindúes somos iguales. Mi familia era de casta noble Esa gente son fanáticos de tipo religioso y político. Odian por igual a los extranjeros y a los que consideran no creyentes.

—¿Eso quiere decir que, llegado el caso, usted misma podría peligrar también ante un estrangulador de la diosa Kali?

Ella se estremeció. Asintió luego, débilmente, con mirada turbia.

—Sí —admitió—. Podría ser así, inspector.

Siguió una pausa. Ambos parecían incómodos con ella. Thorley Allen la cortó, brusco:

—Moksha, no ha sido así, a fin de cuentas. Hablemos de… de Hazel Dawson, su señora. Ella… ella fue la atacada. La que estuvo en peligro. ¿Por qué?

—¿Por qué? —El gesto de Moksha fue expresivo—. ¿Y me lo pregunta a mí, señor?

—Se lo he preguntado ya a otros. Lo haré con todos los que viven en esta casa. ¿Por qué ella? ¿Hay algún motivo especial para que Hazel Dawson haya sido elegida como… como víctima de los estranguladores?

—No… que yo sepa —había, sin duda, una agitación ostensible en el tono de la joven hindú, pese a cuanto ella pudiera decir—. La señorita Hazel nunca… nunca tuvo la menor relación con mi pueblo, salvo el que naturalmente, pudiera obligarle a mantener su estancia en la India. Es diferente su prima, la señorita Virginia, pero ella…

—¿Virginia Dawson? —Cortó, rápido, el inspector Allen—. ¿Por qué dice eso? ¿Qué hay entre las dos jóvenes que pueda diferenciarlas en ese sentido?

—Bueno, la señorita Virginia ha sido siempre algo… algo distinta a la señorita Hazel. Todo lo que ésta tiene de comedida y prudente, lo tiene de impulsiva y atrevida la señorita Virginia. Su primo, el teniente Dawson, lo sabía muy bien…

—¿Clifford Dawson? —Insistió vivamente el inspector—. ¿El teniente Dawson, actualmente en la India?

—Sí, inspector —una sonrisa amable e inteligente iluminó con dulzura el rostro bello y exótico de la mujer de bronce—. Está en un destacamento de lanceros de Lahora. Puede que venga pronto a Londres.

—De eso ya me habló el mayor —impaciente, el inspector Allen pasó a otro aspecto del tema—. Moksha, muchacha…, ¿por qué el teniente Dawson sabe bien cómo es su prima Virginia?

—Bueno, ellos… ellos se tienen un especial aprecio —los relampagueantes ojos negros de la muchacha hindú, eludieron mirar fijamente al hombre de Scotland Yard—. ¿Me entiende?

—Es usted muy elocuente, señorita. ¿Cree que están… enamorados ambos primos?

—Claro que lo están. Pero si el mayor Dawson lo supiera, sufriría un gran disgusto.

—¿Por qué? —se sorprendió el policía.

—Él es un puritano. Y su esposa, *lady* Jane Dawson, es más difícil aún. Nunca admitiría que dos primos se casaran. Espera que el señorito Clifford encuentre una esposa aún más rica que los Dawson. Y sin nexos de sangre o de familia entre sí.

—Usted no es nada tonta, muchacha —ponderó el inspector.

—¿Por qué habría de serlo? —replicó Moksha, sorprendida—. ¿Porque nací hindú… o porque soy solamente una doncella al servicio de personas inglesas de alta posición social y económica, inspector?

Éste enarcó las cejas. Estudió seriamente a la joven doncella traída de la India. Y, finalmente, sacudió la cabeza de lado a lado.

—No, por nada. Dejemos eso, Moksha… Ahora, aunque usted no lo crea, lo que más me interesa es una serpiente cobra. Una cobra de muy especial tamaño… que, según todos los que entienden de reptiles… *no existe*.

* * *

—Quizá no exista, inspector. Pero es el segundo caso.

—Es… ¿qué? —casi aulló Thorley Allen.

—El segundo caso —manifestó el forense Kelly, lavándose las manos en la palangana, tras el proceso de autopsia, verificado en el

correspondiente departamento de la Morgue, habilitado a tales efectos—. Lo siento por usted. No tiene sentido. Pero es así.

Atrás, proyectando su sombra fantasmal en el muro, de un blanco sucio y desconchado, se veía la forma rígida sobre la mesa de piedra, manchada de sangre seca, todavía con las costuras ostensiblemente señaladas en su frente, cuero cabelludo, mentón y torso, tras la acción del bisturí del cirujano, rajando a un lado y otro el frío, desnudo cadáver, entre aceitunado y ceniciento, del estrangulador de Kali.

El inspector Allen se estremeció, dirigiendo su mirada a las cristaleras llenas de polvo, tratando de eludir la contemplación de aquel horrible espectáculo formado por el difunto y las señales quirúrgicas del forense. Todo el local, amplio, destartalado y gélido, olía a frío, a humedad, a muerte, a sangre, a carne humana helada…

—El segundo caso… —repitió angustiado, apoyando sus manos crispadas en un mueble encristalado, en cuyo interior se alineaban bruñidos instrumentos quirúrgicos—. Eso quiere decir que… que el estrangulador de la mansión de los Dawson murió… murió igual que el antiguo buhonero hindú de Whitechapel…

—Exactamente —corroboró con frialdad el forense, suspirando y secándose las manos con un instintivo gesto de repugnancia—. Murió del mismo modo.

—¿Veneno?

—Veneno, sí. Tiene parálisis parcial. Brazos y piernas. Huellas de tóxico mortal en la sangre, en las vísceras, paralización súbita del corazón cuando se golpeó en las baldosas, sufriendo una fractura de cráneo. Mortal esta última, por supuesto, pero de otro modo, el veneno inoculado le hubiese matado.

—Inoculado… ¿por mordedura?

—Mordedura, sí. En el cuello. Muy atrás, casi en la nuca. El reptil que le mordió, lo hizo enroscándose hacia la parte posterior de su cuerpo.

—¿Reptil?

—Bueno… Un reptil gigante, a Juzgar por sus colmillos. Son largos y demasiado anchos. No corresponden a los de una cobra normal. Pero es una cobra, inspector. No hay duda. El veneno, la forma de mordedura… es la misma. Pero en este caso, he

extremado más mi celo profesional, inspector. Hay algo más.

—¿Algo… más? —jadeó roncamente el policía.

—Sí, algo más. Le dije que era un reptil. Una cobra. Todo parece confirmarlo.

—¿Todo?

—Bueno, no todo —suspiró el doctor Kelly, poniéndose despacio su levita verde oscuro, de buen terciopelo—. El tamaño no encaja. Lo demás, es correcto. Un cuerpo viscoso rozó la piel del estrangulador. Dejó huellas y roces que sólo un reptil producirla. De modo que una eso a todo lo demás y…

El forense no habló más. Tampoco el inspector Thorley Allen. Pero ambos hombres, en el gélido silencio de la Morgue, se contemplaron larga, silenciosamente, con un mutuo estupor, con una inquietud latente que ambos adivinaban en sus respectivos interlocutores.

Por fin, el inspector clavó sus ojos en el cuerpo recién hendido por el bisturí forense, en la ingrata y cruda tarea de la autopsia. Se enjugó una leve transpiración de su frente, y manifestó con voz quebrada:

—De todos modos, doctor, no lo entiendo… No lo entiendo.

La respuesta del médico fue breve, incisiva:

—Yo tampoco, inspector.

* * *

El mayor Dawson contempló largamente a sus familiares, mientras sorbía la copa de *brandy* lentamente, a la cabecera de la larga mesa. Su gesto era hosco, su mirada grave, bajo las hirsutas cejas, tan blancas y velludas como su bien cuidado bigote, de caídas guías.

Dejó la copa sobre la mesa. La luz de gas hizo destellar el cristal tallado como si fuese un diamante. Las manos nervudas, bronceadas por el sol de Asia, se apoyaron en el borde de la mesa, sobre el mantel de lino color crudo, bordeado de encajes.

—Bien, queridos todos —musitó—. En ausencia de mi hijo Clifford, debo hablaros a todos en esta asamblea familiar, como si él mismo estuviera ahora aquí; es decir, como si nadie faltara en estos

momentos. En realidad, esto es una junta de familia donde algo debe quedar claro y resuelto.

—Menos palabrería, querido —cortó con frialdad *lady* Jane, a su lado—. Si es una asamblea de los Dawson, es mejor ir directos al tema. Lo considero infinitamente más lógico y razonable. Habla de ello, y deja todo lo demás.

Spencer Dawson miró con acritud a su esposa pero no dijo nada, aunque tosió roncamente con aire fiero, muy propio de su condición castrense en las colonias. Luego, tras un leve carraspeo, vaciló y terminó por hablar gravemente:

—Escuchadme como a cabeza de esta familia unida y bien avenida siempre, tanto en tierras exóticas y lejanas como en nuestra amada Inglaterra. Existió indudablemente un hecho grave hace dos noches, que no sé si atribuir a un error de los malditos fanáticos de la India o a un odio hacia nuestra familia, llevado a sus últimos extremos. Es decir: que no importa quién cayera, con tal de que fuese un Dawson. Sólo eso explicaría el peligro corrido por Hazel, que todos sabemos no tuvo jamás relación alguna con incidentes acaecidos en la India entre personas de aquel país y del nuestro. Es decir, somos todos los Dawson las posibles víctimas señaladas por los servidores de la diosa Kali, y no importa quién, con tal de que sea un miembro de la familia. Deseo advertiros sobre eso a todos, para que viváis alerta. Ha caído un estrangulador, pero habrá más, sin duda alguna. No sé lo que sucedió esa noche, y qué evitó el horrible final de mi hija, pero lo cierto es que una Providencia impidió lo peor, y debemos dar gracias al Señor por ello.

—Al Señor… —musito una voz ahogada—. ¿Crees de veras, tío Spencer, que está Dios tras de ese suceso… y no el diablo?

Hubo un repentino silencio estremecedor en la sala. Se miraron entre si todos los miembros de la familia Dawson.

Luego, muy especialmente, las miradas se fijaron en la persona que había hablado, haciendo la que parecía una intempestiva pregunta. El brillo, en los duros ojos del militar, era colérico.

—Querida Virginia, no quiero que se hable bajo mi techo de cuestiones diabólicas —expuso fríamente el mayor—. Si acaso, podemos referirnos a espíritus maléficos, propios de ese pueblo supersticioso y extraño donde hemos vivido, pero no a lo que yo entiendo por… por el Enemigo.

Se refería al diablo con el mismo aire temeroso con que lo hacían los puritanos protestantes de su tiempo, porque en realidad el mayor Spencer Dawson era uno de ellos, y de los más exacerbados en las ideas. Como tantas otras familias victorianas, vivían con el temor a Dios, no con el amor a Él.

—Tío Spencer, creo que, pese a todo, hay algo diabólico en nosotros, en nuestra familia —protestó con serenidad Virginia.

—¡Virginia, te prohíbo terminantemente que te expreses con esa falta de sentido y de discreción! —tronó el mayor ásperamente—. ¡En esta casa mía no se insinuará siquiera la estúpida posibilidad de que tengamos algo que ver ninguno de nosotros con el diablo! ¿Lo has entendido, Virginia?

—Sí, tío —suspiró ella—. Pero si es así… ¿qué o quién salvó a Hazel de morir? ¿Se puede considerar cristiano a quien intervino y fue capaz de vencer a un estrangulador, a un fanático asesino, provocándole la muerte?

Hubo otro silencio en la estancia que solamente quebró el carraspeo ronco del mayor Dawson unos segundos más tarde. Muy débil, pálida todavía, reclinada en un sillón confortable, al fondo de la sala, Hazel se atrevió a opinar al respecto:

—Creo que Virginia tiene razón, papa —musitó con voz apagada —: ¿Por qué me libré de morir?

Su padre la miró con frialdad. Enarcó sus frondosas, blancas cejas fieramente.

—Eso, querida Hazel, creo que nadie mejor que tú podría responderlo —replicó muy seco.

Hazel asintió despacio. Apretó los labios, reflejando un miedo instintivo en su pálida faz demacrada, y un destello de inquietud en el fondo de sus pupilas hermosas y expresivas.

—Cierto, papá —murmuró—. Y lo malo es que apenas si puedo recordar algo. Me desvanecí de horror y de angustia. También el lazo de seda tuvo la culpa, al quitarme el aire que respiraba casi totalmente. Sólo recuerdo la sombra en el balcón, el ataque súbito, el olor a sándalo que despedía aquel hombre de piel oscura… Luego, no sé… Creo que en alguna parte de mi habitación, a espaldas mías, noté algo así como un susurro…

—¿Un… susurro? —Puntualizó con sequedad *lady* Dawson—. ¿Qué clase de susurro, hija?

—No sabría definirlo, madre —era evidente que la agitación hacía presa rápidamente en Hazel, al evocar lo sucedido aquella horrible noche—. Pero tratando de reconocerlo ahora, creo advertir que el susurro era como de algo que se desliza por el suelo También capté una especie de jadeo, algo sibilante que no sabría describir… Luego, me desvanecí, y pensé que llegaba la muerte.

—Un susurro, un jadeo, como un silbido… Algo que se arrastra… —La recopilación de esas descripciones aisladas, la estaba haciendo con tono sereno Virginia Dawson. Sus ojos se dilataban un momento después, al añadir—: Dios mío…

Y cerró los ojos. Su tío la miró, vivamente. Captó la rara palidez de su semblante, el temblor ostensible de sus manos, apoyadas en los brazos tapizados de rojo de su sillón.

—Virginia, ¿qué te sucede? —murmuró el militar, preocupado —. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, tío… Es que… que de pronto me vino algo a la memoria.

—¿El qué?

—Oh, no era nada de esa noche, no —rechazó ella, estremeciéndose—. Fue… fue del día en que Moksha me salvó la vida… Allá, en la India…

—¿Qué quieres decir con esas tonterías, hija? —la reprochó severamente *lady* Jane, cuyos ojos tenían un brillo duro, metálico, al fijarse en ella.

—Oh, nada… Nada, tío. Pero sin querer, he pensado en… en una serpiente…

—¿Una serpiente? —La pregunta llegó de Hazel, con tono estremecido—. ¿Por qué, Virginia, querida?

—Porque… porque aquella horrible cobra… susurraba al deslizarse hacia mí… Y producía un extraño ruido al dilatar la collera… haciendo restallar la lengua en el aire… Era… era como un jadeo, como un silbido ronco… Oh, Dios mío…

Se puso en pie, agitada, y abandonó la estancia con paso rápido. Su tío había advertido en la pálida epidermis de Virginia, el brillo de la transpiración. No dijo nada cuando la puerta se cerró tras ella. Pero buscó con los ojos a su fiel Ramad.

El criado indio, enjuto y canoso, de profunda mirada negra como la noche, aparecía erguido al fondo, cerca de la puerta, con

sus tradicionales ropas hindúes, de color *beige* oscuro, y su turbante de un blanco marfileño ajustado a la cabeza.

Asintió, entendiendo el mudo mensaje del mayor Dawson, con quien parecía tener una peculiar corriente de comprensión y entendimiento. Rápido, salió sigiloso de la estancia en pos de Virginia, como si fuera él la persona adecuada para vigilar y cuidar a la joven sobrina de los Dawson.

Durante todo aquel tiempo, presente en la asamblea familiar, pero silenciosa y como al margen, Moksha, la bella doncella india, se había limitado a escuchar y mirar atentamente a los miembros de la familia. Ahora, sin querer, su mirada se cruzó con la de *lady* Dawson, tan fría y distante como si todo cuanto sucedía nada tuviera que ver con ella, con los Dawson o con su hija y su sobrina. Finalmente, posó los ojos en el mayor, que volvía, a hablar con su habitual tono brusco:

—Bien, quiero hablaros a todos de lo que he decidido. Disculpemos la debilidad de Virginia, que ha creído hallar una rara semejanza entre lo que describió Hazel y lo que ella misma vivió allá, en la India, produciéndole un trauma lógico, aunque algo infantil. Dije antes que este suceso podía significar un peligro para todos los Dawson. Y así debe ser. Los estranguladores, los servidores de la diosa Kali, puede que se hayan propuesto acabar con nosotros. Todo por culpa mía, debo confesarlo. El error fue mío, y si alguien debe pagar con su vida, quiero que ése sea yo, y no los miembros de mi familia. De modo que mañana mismo concederé una entrevista a un reportero del Times, y le relataré la verdad de lo sucedido en la India.

—No, Spencer, eso no. —Se asustó súbitamente su esposa.

—Sí, querida. Es necesario. No permitiré que tú, Hazel o Virginia sufráis por causa mía el posible ataque de un criminal fanatizado. Si alguien debe pagar, que sea yo. Está decidido. Si quedan más hindúes en Londres que sirvan a Kali y sus designios de muerte, sabrán por el periódico sobre quién han de caer sus iras. Eso es todo.

Reinó un silencio profundo en la amplia sala familiar. Pero fue Hazel la que aventuró una réplica fríamente:

—Papá, eso puede afrontar un problema, por grave que sea, pero… ¿y el otro?

—¿El otro? —El mayor la miró, sorprendido—. ¿Cuál, hija?

—Lo sabes muy bien. ¿Qué extraño hecho evitó mi muerte? ¿Quién entró esa noche en mi alcoba para salvarme? ¿Era, realmente… algo humano?

—Qué tontería… —Jadeó el mayor, molesto—. No existen cosas que no sean humanas o animales. Es posible que el estrangulador fuese atacado por algún animal que él mismo llevase, y que le hiciera caer abajo, huyendo luego la bestia, asustada.

—Hablan… hablan de una… una serpiente… —susurró Hazel, temblorosa.

—Una serpiente… ¡Tonterías! —rechazó su padre.

—Una serpiente es el símbolo del Culto a la Cobra —señaló con voz ronca *lady* Dawson—. Ya sabéis: esa secta de Kali que agrupa a los estranguladores… No tendría sentido que una serpiente simbolizara, a la vez, la muerte y la salvación para ti, Hazel, hija mía.

—Pero fue así —replicó su hija—. Tuvo que ser así. ¿No es cierto que la policía dijo algo sobre… sobre las huellas de la presencia de un reptil en mi habitación?

—Están equivocados —refunfuñó el militar—. No saben lo que dicen. Todos esos policías, cuando se enfrentan a algo que no entienden, se inventan toda clase de fantasías para engañar a la gente, Hazel.

—Lo siento, mayor Dawson, pero no se inventaron ninguna tontería. El resultado de la autopsia de Chandra, el estrangulador, es concreto: murió al estrellarse en el pavimento del jardín, fracturándose el cráneo. Pero ya llevaba inoculado en la sangre el veneno mortal de una cobra. Una cobra de enorme tamaño, a juzgar por la señal de sus colmillos en la piel de la víctima…

Todos se volvieron, horrorizados, hacia el que hablaba, recién aparecido en la puerta de la sala. Únicamente Moksha, la fiel sirviente hindú, permaneció impávida, sin revelar sorpresa por la escalofriante declaración de Patrick Reed, el Joven prometido de Hazel Dawson.

Capítulo IV

El reptil

—Veneno de una cobra… Pero eso significa que el reptil… permanecería aún aquí, en esta casa…

Las palabras roncas del mayor Dawson, sonaron en el silencio, tras una pausa larguísima, llena de tensión y de inquietud, durante la cual Hazel se había apresurado a ponerse en pie, acudiendo donde se hallaba el joven alto, de cabellos claros, serenos ojos grises y facciones angulosas y firmes, todavía con su macferlán gris sobre los hombros, y el sombrero entre las manos.

Una vez junto a él, los brazos de Patrick habían rodeado a su prometida, con Instintivo gesto protector. Una protección que parecía inútil allí, en su propio hogar, rodeada de los miembros de su familia y en pleno día.

Pero algo intangible, algo que quizá nadie sabía a ciencia cierta qué podía ser, flotaba en el ambiente, inspirando una rara zozobra a todos e impulsando a Patrick a tomar contra sí a la joven, con la idea vaga e inquietante de que el peligro existía. De que en alguna parte, no lejos de ellos, acechaba un riesgo mortal a todos los Dawson y, quizá muy especialmente, a la hermosa y aterrorizada Hazel.

Un peligro que, aunque pudiera parecer extraño, a Patrick se le antojaba increíblemente más fantástico y grave que el que significaba de por sí la secta de estranguladores de la diosa Kali y su culto a la cobra.

Pero algo, de todos modos, relacionado muy directamente con un reptil. Un reptil que según las diligencias policiales y los testimonios médico-forenses, podía ser un monstruoso animal de inaudito tamaño. Una víbora gigante, escondida en la ciudad, en la

noche, en cualquier parte, cerca de los seres humanos…

—No debemos perder la serenidad —habló calmosamente Patrick Reed—. He hablado con el inspector Allen, de Scotland Yard, y me ha asegurado que existe vigilancia en torno a esta casa, y que cualquier cosa que pueda suceder, de día o de noche, será controlada oportunamente por ellos.

—No me gusta saberme rodeado de policías, Pat —cortó ásperamente el mayor—. Ni es agradable sentirse vigilado.

—Tal vez tenga usted razón, mayor. Pero mientras el peligro persista, y no se aclare de una vez por todas la verdad de los hechos, esa vigilancia será una medida prudente e inevitable. Recuerde que son dos los sucesos inexplicables: la presencia de un estrangulador en su casa… y la muerte de éste, a manos de algo o alguien cuya naturaleza no está nada clara aún.

—Hay algo que sí tiene explicación, Pat —respondió Dawson.

—¿Y es…?

—El estrangulador. Esos asesinos fanáticos se trasladan a cualquier lugar donde deseen causar daño a alguien. Estoy seguro de que no estaba solo el tal Chandra en Londres.

—Yo también —Reed miró fijamente al militar—. Y me pregunto, además: ¿por qué son enemigos suyos, mayor? Imagino que Hazel no habrá hecho nada que provoque las iras de los servidores de Kali, durante su estancia en la India Por tanto, debe ser cosa de algún otro miembro de la familia.

—¿Sugieres, Pat… que ese miembro podría ser yo? —Fue la réplica grave y hosca del que fuera miembro del Ejército colonial británico.

—Sí, mayor —afirmó él, rotundo.

—Bien… —Los ojos del militar se apartaron de su futuro yerno con premura. Parecía incómodo por algo. Tragó saliva antes de continuar—: Es posible que tengas razón, muchacho. Pero ése es un tema del que no me gusta en absoluto hablar.

—Quizá no tenga otro remedio cuando le pregunte la policía —avisó Patrick—. Ellos desean saber qué puede provocar la ira asesina de los estranguladores. Ocultarles indicios, sólo conseguirá dificultar sus pesquisas. Y, por tanto, prolongar los peligros para todos ustedes. No me gustaría que Hazel volviese a correr un riesgo como ése, por culpa de un secreto que no debiera ser guardado.

—Pat, muchacho, empiezas a mostrarte algo impertinente —replicó con acidez el militar, poniéndose en pie—. Si tratas de proteger a tu prometida, recuerda que ella es, también, mi hija. Y tampoco deseo crearle riesgo alguno. Pero hablar de algo sucedido hace años, no resolvería la situación. Lo que la policía debe hacer es capturar a esos criminales, sin preocuparse de conocer sus razones para atacar a los Dawson, Pat. Y tú… deberías expresarte con más respeto delante de mí.

Se había puesto en pie, airado. Le temblaban los labios, brillaban coléricamente sus ojos, y parecían más hirsutos que nunca los blancos cabellos de sus cejas y bigote.

Patrick, sin inmutarse, soportó su mirada, atrajo hacia sí a Hazel y replicó, con voz helada:

—Lo siento, mayor. No quiero molestarle. Pero no estamos en el ejército, ni usted es mi superior jerárquico. Solamente es el padre de Hazel, y como a tal le respeto y estimo. Pero ella está por encima de usted, de mí y de lo que usted pretende silenciar. De modo que no espere disculpas por mi modo de expresarme, señor.

Pareció asombrado el mayor Dawson, e incluso escandalizado ante lo que consideraba insolente actitud del joven. Apretó los labios con ira, y abandonó la estancia dando un seco portazo. Hazel gimió, aferrándose a Patrick:

—No debiste ser tan duro con él. Papá cree que el mundo es un cuartel, y los humanos unos soldados a sus órdenes… pero ése es todo su mal.

—Hazel querida, ha llegado el momento de que diga cuanto sabe, para que la policía pueda investigar con más facilidad. Y si no habla, debería hacerlo alguien que supiera lo mismo que él.

—Yo… lo lamento, Pat, pero ignoro lo que papá oculta.

Los ojos de Patrick brillaron, mientras asentía con la cabeza. Miró a *lady* Dawson, que tuvo un leve encogimiento de hombros. Su gesto era inexpresivo por completo.

—No sé nada —dijo—. Y si lo supiera, respetaría la voluntad de mi esposo, Pat.

—Ya —ahora los ojos de Patrick se fijaron en Moksha, la muchacha hindú. Ella pestañeó, pareció turbada, y bajó la mirada con rapidez. Luego, silenciosamente, se incorporó, saludó respetuosa a *lady* Dawson y se encaminó a la puerta, manifestando

con tono casual:

—Olvidé que debo hacer algunas cosas en la cocina, señora…

Se cerró suavemente la puerta tras de su grácil cuerpo de mujer, que tenía la virtud de moverse casi sin producir ruido alguno. Patrick Reed respiró hondo, dándose cuenta de que en la casa, solamente existía una autoridad y unas decisiones: las del mayor Spencer Dawson. Los demás, aunque supieran algo, no hablarían, bien por respeto o por miedo al iracundo cabeza de familia.

—Está bien —murmuró con aspereza—. Quisiera entenderles, señora Dawson. Pero no lo consigo. Especialmente, sabiendo como sabemos todos, que son ustedes las personas amenazadas por ese horrible peligro. Muy especialmente. Hazel. Créanme: si fuera posible, me casaría ahora mismo con ella para llevármela de esta casa y tratar de mantenerla siempre bajo mi protección. Pero imagino que adelantar la boda en estos momentos, sería otro acto personal mío que no contaría con la aprobación del mayor. Y aquí sólo se hace lo que él dispone.

—Pat, te lo ruego —musitó Hazel, con angustia—. Olvida eso. No sigas censurando a…

—Sí, creo que está usted yendo demasiado lejos, joven —avisó con frialdad *lady* Dawson—. Dada la situación, sería mejor que se marchase y controlara sus nervios. El incidente no deja de ser desagradable para todos, tratándose precisamente del hombre que va a ser nuestro hijo político en breve… Créame, conocer lo que mi esposo desea ocultar, no resolvería la situación ni mejoraría las cosas. El hecho es que unos estranguladores fanáticos, han decidido atacar a los Dawson. Eso es lo que debe evitar la policía.

—¿Y en lo relativo al reptil, señora? —replicó Patrick fríamente.

—Sobre eso, mucho me temo que ni Spencer ni yo sepamos nada en absoluto. Es algo que no tiene sentido. Nunca hemos poseído serpientes para protegernos. Son unos animales que resultan particularmente repulsivos y temibles, Pat. Más aún, una cobra. Recuerdo la grave experiencia que tuvimos con Virginia, mi sobrina.

—Virginia… —Patrick inclinó la cabeza—. Sí, es cierto… Virginia y Moksha… Ya había olvidado el viejo suceso en la India… Gracias por recordármelo, señora.

—¿Supone que eso pueda servir de algo? —Se mostró

repentinamente inquieta la dama. Y los dedos de Hazel se crisparon con mayor fuerza en sus brazos.

—No lo sé. Pero supongo que ha de haber alguna relación entre los Dawson, los servidores de la diosa Kali… y una cobra asesina que protegió esa noche la vida de Hazel… Lo que yo me pregunto es… ¿dónde está esa relación, y cuál es el eslabón capaz de unir las tres cosas?

* * *

Había caído la tarde con gran rapidez.

Patrick Reed miró en torno suyo, apenas la verja alta de la mansión de Regent's Park se quedó atrás, al abandonar él la vivienda de los Dawson. La niebla estaba aumentando de espesor, y ello hacía que ya lucieran numerosos faroles de gas en las calles, tratando de hendir la oscuridad del atardecer.

Echó a andar con paso firme, ante la ausencia de carruajes de alquiler para dirigirse al centro urbano. Había una humedad persistente e intensa, y el clima iba haciéndose menos apacible que días anteriores. El verdadero otoño londinense comenzaba a apuntar con toda su cohorte de brumas, bajas temperaturas, humedad e inclemencia. Quizá a causa de ello, las calles se mostraban bastante desiertas. Por Park Road, como posteriormente por Baker Street, calle que utilizó para dirigirse hacia Oxford y Regent, apenas sí circulaba nadie, salvo algún que otro carruaje cerrado, que pasaba rápido, tirado por sus animales velozmente. Los cascos de los caballos resonaban huecamente en el empedrado negro y reluciente.

Patrick se detuvo de pronto bajo una farola. Giró la cabeza. Aguzó el oído. No captó ningún otro ruido cerca de él.

Era raro, pero hubiera jurado que antes sí había un ruido en pos suyo, como de suaves pisadas. Al detenerse él, se había detenido también el sonido, si es que había oído bien.

Se encogió de hombros, abotonó mejor el macferlán sobre su cuello para guarecerse de la humedad, y reanudó la marcha. Recorrió una manzana entera, antes de detenerse bruscamente en la esquina inmediata.

Ahora, sí. Estaba seguro de ello. Sonaban pasos apagados en pos de los suyos. No era ningún eco ni tampoco error alguno. Pero una vez más, todo ruido cesó al cesar sus propias sordas pisadas en la acera.

Enarcó las cejas. Patrick Reed estaba muy lejos de ser un hombre medroso. Pero no iba armado, y lo empezaba a lamentar. La época se distinguía, desgraciadamente, por la gran cantidad de rufianes que deambulaban por Londres, cometiendo robos, asesinatos y toda clase de fechorías. El hambre, la miseria y los bajos instintos, eran la constante de la era victoriana en contraste con su esplendor colonial y cortesano.

Cerró sus puños, fuertes y nervudos. Cuando menos sabía golpear, era muy ágil y poseía una notable fuerza física. Pero todo ello podía ser insuficiente ante uno o más adversarios armados con arma blanca o con pistola, y dispuestos a todo por arrancar unas guineas a un peatón solitario.

Apretó los labios, dispuesto a enfrentarse con lo que fuese aquello que iba tras él. Decidido, reanudó la marcha. Sus labios modularon una tonada popular, silbándola con aparente despreocupación. Su oído, aguzado al máximo, captó, como fondo de ese silbido y del seco golpeteo de sus zapatos en el asfalto, otros pasos. Pasos extraños, que lograron producirle perplejidad.

Era… era como si las pisadas, sigilosas y rápidas, comenzaran a tener otro sonido diferente. Como si el caminante que iba tras él arrastrara sus pies… si es que realmente eran unos pies, puesto que no lo parecían.

En tensión, aguardó a la esquina inmediata. Allí tenía pensado girar sobre sí mismo y lanzarse en dirección opuesta, hasta sorprender a su misterioso seguidor.

Pero súbitamente, Patrick contuvo con dificultad una imprecación de sorpresa y de sobresalto.

Apenas llegó a la esquina elegida y se dispuso a darse la vuelta… ¡una sombra repentina surgió ante él, de la niebla, y se precipitó contra su cuerpo!

* * *

—Hola, guapo caballero. Vas muy solo… ¿Te acompaño a algún sitio donde divertirnos los dos de lo lindo?

Patrick contuvo a tiempo el golpe que se disponía a descargar sobre la persona surgida de repente en la tarde brumosa, ya casi noche cerrada, mientras una vaharada profunda y pegajosa de perfume femenino le envolvía.

Una ramera. Era sólo eso. Una mujerzuela muy pintarrajeada, con un escote profundo, unos senos grandes y agresivos, una estola de piel en precario estado, y un vestido rojo, muy ceñido, que marcaba la rotundidad de sus curvas. Los cabellos mostraban un color rubio que no parecía natural en absoluto.

—No, déjeme —cortó con frialdad Patrick—. No siento ningún deseo de divertirme.

—Vamos, vamos, querido —ronroneó ella, oprimiéndole un brazo, insinuante—. Te aseguro que no te arrepentirás. Tengo cerca de aquí un pisito y podemos…

—Le dije que me dejara —replico Reed—. Siga su camino. No voy a ir a ninguna parte. Y permítame un consejo: no siga en esa dirección. Vaya por otro lado, o vuelva sobre sus pasos. Puede haber alguien en la niebla, que…

—¡Eh, mozo, vete al diablo! —Se enfureció ella, mirándole furiosa—. Si no sabes escoger a una chica que te conviene, allá tú. Pero no vas a darme órdenes, ¿entendido? Si hay gente por ahí, alguno tendrá mejor gusto que tú, y aceptará mi invitación, estúpido. ¡Estaría bueno que tuviera que ir por donde tú quieras!

Soltó una carcajada, dijo algo soez, y se enroscó al cuello su estola de piel, echando a andar con vivo taconeo. Se perdió en la bruma, a espaldas de Patrick, quien trató aún de detenerla volviéndose:

—Escuche, no haga tonterías. Puede encontrarse con alguien que en vez de darle dinero, prefiera despojarla de cuanto lleve…

Los pasos o roces que antes percibiera tras él, no habían vuelto a sonar. Pero algo, en la mente inquieta de Reed, le decía que en la niebla todavía existía algo, un posible peligro latente, la presencia de alguien que no deseaba ser advertido…

La prostituta se perdió en la noche, riendo agresivamente, y pronunciando obscenidades. Quizá la presencia de la mujer callejera había alarmado a su seguidor, haciéndole alejarse de modo

definitivo, por miedo a ser descubierto. Patrick no supo si lamentarlo o no. Se quedaba, de todos modos, con la intriga y la duda sobre quién podía ser su seguidor, y cuáles sus verdaderas intenciones.

Sacudió la cabeza, echando a andar de nuevo. Sólo dio cuatro o cinco pasos antes de detenerse, escuchando. No. Ya no se escuchaba nada en absoluto. Sólo el taconeo de la mujerzuela, perdida en la niebla.

Iba a reanudar la marcha cuando el silencio y la bruma fueron rasgados brutalmente por aquel horrible alarido de mujer.

* * *

Se heló la sangre en las venas de Patrick Reed.

Sin saber la razón, el joven temió algo espantoso. El grito estremecedor se repitió, más ahogado. Clavó sus ojos aturdidos en la niebla que, como un velo impenetrable, se extendía a espaldas suyas, diluyendo cualquier perfil, cualquier sombra humana, sumergiendo en el misterio cualquier suceso que pudiera tener lugar en ella.

Patrick Reed estaba seguro, sin embargo, de que era la mujerzuela callejera la que emitía los alaridos pavorosos. Y que un ruido de sordo forcejeo, de pugna desesperada, sonaba en alguna parte, perdida en la densa niebla.

Tras unos instantes de indecisión, pese a que no iba armado. Reed se precipitó hacia la niebla. Hacia el lugar donde desapareciera la infortunada mujer.

Tanteó en la oscura bruma, guiándose solamente por las manchas lechosas de las farolas de gas, diseminadas a lo largo de las aceras, trazando unas líneas de claridad que pronto se fundían en la nada, absorbidas por aquella especie de viscoso, húmedo y reptante humo que todo lo iba fundiendo en un gris sucio y lúgubre.

De repente, Patrick se paró en seco. Sus cabellos se erizaron en la nuca.

Allá, ante él, justamente a sus pies, yacía el bulto informe. Le era posible verlo porque la luz de una farola caía vertical sobre él, en una especie de lívido manchón azulado. Junto al hierro negro de

la farola, yacía la forma roja, brillante. Por un momento, pensó que era un cuerpo bañado totalmente en sangre.

No era así. La «sangre» no era otra cosa que un satén rojo, envolviendo las prominencias de un cuerpo exuberante. El de la prostituta callejera con quien se cruzara poco antes.

Pero ahora, su maquillado rostro era una máscara espantosa de horror y de muerte. Sobre un color entre ceniciento y amoratado, la pasta, los polvos, el carmín y el negro azulado de sus párpados y pestañas, formaban una masa informe, confusa y sucia, que se despegaba materialmente de aquella epidermis hinchada, brillante, deforme, donde los ojos, eran como dos bolas de vidrio azul, casi escapando de las órbitas, y los labios un ennegrecido bulto bajo el carmín, por el que brotaba la lengua, hinchada hasta lo atroz.

Miró Patrick Reed, dominando su horror del mejor modo posible, hacia el escote de la infeliz. Sobre el rotundo, macizo seno izquierdo, era visible la huella doble de una mordedura profunda, abultando en torno de dos orificios negruzcos la piel violácea. Dos colmillos poderosos habían penetrado en su pecho, haciendo brotar sangre en dos hilos oscuros. Y, sin duda, inoculando en las arterias de la mujer un veneno mortífero y rápido, que dado el lugar de la incisión mortal, había llegado rápidamente al corazón.

La mujer estaba muerta.

Patrick Reed, alucinado, clavó sus ojos en la niebla, en la calle solitaria, larga y sin señales de vida. No vio nada ni a nadie. La noche, la bruma, el misterio, se habían engullido bruscamente al extraño asesino.

Por la mente de Patrick rodó un recuerdo difuso: un buhonero hindú, en los jardines de Whitechapel… Un estrangulador de la diosa Kali, en el jardín de los Dawson… Y ahora, una ramera en las calles de Londres…

Una mordedura mortal. Un veneno… de cobra. Pero jamás había podido imaginar Reed una cobra con semejantes incisivos Tendría que ser un reptil gigantesco, no conocido hasta entonces…

Caminó presuroso por la niebla, en busca de algún indicio. Si había huellas del deslizamiento de un ofidio, normal o no, por el asfalto negro y charolado de Londres, la propia bruma impedía descubrirlo, ciertamente.

De súbito, se paró en seco. Patrick Reed notó de nuevo aquel

escalofrío, aquella erección repentina de sus cabellos, ante un horror que no entendía.

Ante sus ojos dilatados, en la bruma, como colgando de ella diabólicamente, un rostro cadavérico y unos ojos terribles, flotaban ahora, a menos de un palmo de distancia de sí mismo…

* * *

Tardó en comprender. Cuando lo hizo, las manos crispadas del hombre se aferraban a sus brazos, y el rostro fantasmal, aparentemente suspendido en la bruma, como sin cuerpo, cobraba dimensiones más reales, apareciendo la figura enjuta y mal trajeada de un hombrecillo, posiblemente un vagabundo, presa del más tremendo de los terrores imaginables.

—Señor, señor, es horrible… —le oyó jadear tan cerca, que su aliento con un leve aroma a ginebra, le hirió el olfato—. Es algo horrible… Nunca jamás vi algo parecido, aun estando mucho más borracho que ahora…

Reed le contempló fijamente, mientras era zarandeado. No hubiera dicho que el hombre estuviera borracho, aunque sí algo bebido. Lo que no había duda alguna, es que estaba lleno de terror.

—Vamos, cálmese —le confortó Reed con voz firme—. ¿Qué es lo que le sucede?

—Oh, no, no… No sé si decírselo… Tal vez he visto mal… tal vez bebí más de lo que yo pensaba… o la ginebra del viejo Blackburn era demasiado fuerte… Infiernos, señor, usted puede tomarme por loco, pero yo… yo Juraría que lo vi… Si le cuento lo que acabo de ver, señor… puede que llame a los loqueros…

—A quien tengo que llamar es a la policía —cortó Reed gravemente.

—¿La… policía? —El otro le soltó, asustado, y pareció a punto de echar a correr—. ¿Por qué hará eso, señor? No… no le he hecho nada. No soy un maleante. Yo…

—Escúcheme bien —Patrick fue ahora quien aferró al desconocido con fuerza por ambos brazos, entre otras cosas para impedirle huir—. Una mujer ha muerto ahí, a menos de treinta yardas de donde nosotros estamos, ¿entiende?

—¿Muerta? ¿Una mujer? —El hombre tembló como si tuviera espasmos—. Dios mío, señor. Déjeme marchar de aquí. No me gusta esto. Tengo miedo…

—Serénese. Ahora no está solo. No creo que nadie piense en atacarnos a los dos.

—No… no esté tan seguro… Aquel… aquello… sí nos atacaría, señor…

—¿El qué, amigo? —Le apremió Patrick, sintiendo que estaba a punto de descifrar algo que no podía entender del todo, pero que había provocado aquel terror insólito en el hombrecillo—. Vamos, diga la verdad. ¿Qué es lo que ha visto? Le ayudaré, no lo dude. Nadie va a hacerle nada. Y no creo que esté borracho.

—¿De… de veras? —Jadeó el desconocido—. ¿Qué diría usted si le dijese alguien que… que ha visto una especie de… de reptil, de serpiente… del tamaño de un ser humano?

El horror atenazó a Patrick. Experimentó la sensación helada de que estaba cerca, muy cerca de la clave del misterio. Una clave aterradora, pero que quizá esclareciera el enigma.

—¿Usted ha visto eso? —apremió duramente.

—¿Lo ve? —Gimoteó el hombre—. No puede creerme… ¡Nadie lo creería nunca!

—Se equivoca —cortó Reed con frialdad—. Debo creerle. La mujer ha muerto envenenada por la mordedura de un reptil de gran tamaño… ¡Vamos, hable de una vez! ¿Qué ha visto, exactamente?

El hombre tenía la cara de color del yeso, temblaban mis labios y se desorbitaban sus ojos. La idea de que la posible visión motivada por un exceso de alcohol pudiera no ser tal, y cobrara visos de realidad, no cabía duda de que provocaba en él un pánico aún mayor.

—Cielos, no os posible… —sollozó, al bordo del histerismo—. No es posible que haya una serpiente de ese tamaño… que tenga pies, y que luego, mientras se aleja… SE CONVIERTA EN UNA MUJER. ¡Pero yo lo vi, lo juro! ¡*Yo lo vi*, señor!

Capítulo V

El culto de la cobra

El inspector Thorley Allen contempló con frialdad la retirada del cuerpo, en la ambulancia tirada por dos caballos, camino de la Morgue. Luego respiró hondo, se abotonó el macferlán y sus dedos se entrelazaron, apoyando ambas manos en el saliente de un edificio de rojos ladrillos, frente por frente a la farola de gas al pie de la cual fuera hallado el cuerpo de la mujerzuela.

—Imposible, señor Reed —habló secamente—. Ese hombre sufre una intoxicación etílica.

—¿Lo ha comprobado ya, inspector?

—Cuando menos, su aliento apesta a ginebra. El médico le está examinando para dictaminar su estado. De cualquier modo, no tomará usted en serio su historia…

—No sé qué pensar —respondió roncamente Patrick.

—Vamos, vamos, señor Reed. Uno puede ser muy crédulo, y admitir la existencia de algún extraño reptil procedente de lejanas tierras que se parezca a una cobra, y que inocule veneno por el medio que sea. Pero de eso a suponer que un reptil puede convertirse en mujer, media un abismo.

—Puedo asegurarle algo, inspector. Y yo no he tomado ni siquiera una copa de oporto en mi visita a casa de los Dawson.

—¿Qué es ello, señor Reed? —le contempló curiosamente Allen.

—Estuve escuchando pisadas tras de mí durante un largo trecho, mientras caminaba por esta calle. Eran pisadas huecas, sonoras. Se detenían cada vez que yo me detenía, y puedo asegurarle que no eran ningún eco. Podían ser, perfectamente, pisadas de mujer. Quiero decir: pisadas de tacones femeninos. Ajustaría eso muy bien en su forma de sonar, ahora que lo pienso. Luego… las pisadas se

convirtieron en algo diferente. Como un roce, un susurro, como cuando algo se desliza, repta…

—En una palabra, señor Reed; usted está pretendiendo sugerirme que una mujer le seguía esta noche, que de repente se convirtió en reptil, que en vez de atacarle a usted lo hizo con esa mujerzuela, porque ella llegó antes a su altura, y que después de cometido el crimen, nuestra mujer-reptil recuperó su forma humana… y se alejó.

—Eso es —afirmó fríamente Reed.

El hombre de Scotland Yard soltó una seca carcajada. Su expresión estaba llena de escepticismo, de incredulidad. Sacudió enérgicamente la cabeza.

—No se lo creería ni un chiquillo, señor Reed —rechazó—. Ya no podemos aceptar la existencia de hadas madrinas, varitas mágicas y encantamientos.

—Yo no hablo de cuentos de hadas, inspector, sino de una mutación horrenda. Ese hombre puede que viese algo real, aunque se nos antoje increíble.

—¿No ha pensado en la posibilidad, mucho más simple y menos fantástica de… de un simple disfraz? —Sonrió burlonamente el policía—. Eso, para un hombre que no estuviese ebrio, pero sí algo bebido, podía conducir a un error incluso lógico y admisible…

—Ya he pensado en ello. Pero ¿y el veneno? ¿Y los colmillos de reptil?

—Todo puede fingirse, con una serie de trucos: obtener el veneno de una cobra auténtica, reproducir a mayor tamaño los incisivos del reptil, clavarlos en la victima El efecto sería así tremendamente real.

—¿Y los motivos de todo eso, inspector? —replicó vivamente Patrick.

—Ah, eso… —Se encogió de hombros Thorley Allen—. Recuerde que no hemos llegado final de estas investigaciones, pero tampoco debemos olvidar que existen unos seres fanáticos, capaces de matar por su diosa y su horrible creencia.

—¿Los estranguladores de Kali?

—Eso es. Existe una ramificación de ellos, una secta adicta a Kali, llamado el Culto a la Cobra, ¿lo ha olvidado?

—No es fácil que olvide cosas sobre la India estando prometido

a Hazel Dawson, que pasó allí toda su vida al igual que el resto de la familia. Quizá es usted, inspector, quien debe recordar que ese reptil, o lo que sea… salvó la vida de Hazel, atacando precisamente a un estrangulador de Kali. Lo cual nos lleva a la conclusión de que no pudo ser obra de los miembros del Culto de la Cobra, porque éstos también son estranguladores fanáticos, y su acción sería la de atacar a los Dawson, no defenderlos.

Hubo un silencio tenso en la noche de espesa niebla. Algunos *policemen* rodeaban el lugar del trágico hallazgo. Una señal en tiza marcaba el punto donde cayera la mujer asesinada.

Thorley Allen comenzó a alejarse, acompañado de Patrick Reed, con lento paso por la acera húmeda, en busca de su carruaje, para regresar a Scotland Yard.

—En eso, tiene usted razón —confesó por fin Allen, con el ceño fruncido y la mirada fija en el suelo, negro y charolado por la humedad—. Le confieso que es algo que no he conseguido poner todavía en claro, y que me trae profundamente preocupado. Es una de las piezas que no encajan en el conjunto. Algo que escapa de mis manos, sin saber la razón. En buena lógica, esas sectas deberían estar unidas, o formar una sola, no dividirse para combatir por ideas contrarias…

—Y así es, inspector —suspiró Reed, con gesto sombrío—. Puedo afirmarle que jamás un siervo de Kali, sea de la secta que sea, impediría que otro realizase la ejecución que suponen reclama su divinidad siniestra.

—¿En tal caso…? —El inspector se detuvo, mirando a Patrick Reed interrogativamente, con las manos sepultadas en los bolsillos de su oscuro macferlán.

—En tal caso, inspector… me quedo con la historia increíble de la mujer-reptil —fue la desconcertante respuesta de Reed.

—Pero…

—Especialmente, inspector Allen, después de comprobar, por la explicación de ese pobre diablo, supuesto testigo de la metamorfosis, que la mujer-reptil… se alejó en esa dirección —y la mano enguantada de gris de Patrick Reed, señaló con firmeza hacia un determinado punto en la niebla.

Thorley Allen miró, perplejo, en esa dirección. Sólo descubrió brumas, salpicaduras de luz de las farolas de gas…

—¿Y qué dirección es ésa, señor Reed? —se interesó.

—La de Regent's Park. La dirección de la mansión de los Dawson, inspector…

* * *

Ramad fijó sus profundos ojos oscuros en el visitante. Por un momento, fue como si una sombra de perplejidad, de asombro, oscureciera más aún el tono aceitunado de su piel, bajo el turbante color marfil.

—Perdone, señor —habló con su inglés suave, lento y correcto —. Temo no haberle entendido muy bien…

—Me has entendido perfectamente, Ramad —sonrió con cierta dureza Patrick, sin quitar sus miradas del leal servidor hindú—. Te hablé de una mujer. Y de un reptil.

—Pero eso no tiene sentido, señor —la sonrisa mostró la doble hilera de blancos e iguales dientes del sirviente.

—¿Crees que no?

—Ninguno en absoluto. Estoy convencido, señor, de que nunca oí hablar de reptiles que se conviertan en mujeres.

—¿Y lo contrario?

—¿Mujeres… en reptiles? —Los ojos negros relampaguearon con un extraño fulgor que se extinguió en seguida—. No, por supuesto que no, señor. Usted sabe de nuestra religión, ha leído cosas sobre el dios Siva y su esposa de dos rostros. Parvati y Kali. Se dice en mi país que Siva puede aparecerse, adoptando cualquier forma. De ahí numerosos ritos, entre ellos, el Culto de la Cobra, que es el único reptil que recuerdo esté relacionado con mi religión… Pero Siva es un dios, señor. Por tanto, *es un hombre*. Mis libros sagrados no mencionan que Parvati, el lado bueno de la esposa de Siva, se transforme en serpiente. Y tampoco Kali, la cruel.

Patrick asintió. Había leído ya bastantes cosas sobre todo eso, especialmente antes de esta charla con Ramad, a solas ambos en el amplio salón de la planta baja de la casa de Regent's Park.

—Sé todo eso, Ramad.

—¿Entonces, qué espera saber a través mío, señor? Yo no soy ningún sacerdote, ni tampoco un hombre inteligente. Soy sólo un

fiel servidor…

—Lo cual no te quita inteligencia, Ramad. Es posible que no poseas una amplia cultura, pero eres un hombre listo, agudo. Has de tener alguna idea sobre lo sucedido la otra noche en esta casa. Y también sobre lo que te he preguntado. Algo me hace sospechar que es así.

—Sus sospechas están equivocadas, señor —suspiró Ramad, moviendo negativamente la cabeza—. No sé nada. Pero aunque lo supiera, recuerde que pertenezco a mi país, a mi mundo. Y para los siervos de Kali, sería una traición que yo revelara algo que pudiera saber sobre ellos. La traición, en ese caso, se paga con la vida.

—Lo sé. ¿Sabes realmente eso que dices?

—No —negó fríamente el siervo—. Puedo asegurarle que no, señor Reed. No me gustaría saber nada de lo prohibido.

—Pero sí sabes que la sentencia de Kali flota sobre esta casa y sus habitantes. Sabes el porqué de todo ello. ¿No sería una prueba de fidelidad y de amor, revelarme lo que conoces, para tratar de evitar algo horrible que pueda ocurrirles a mi prometida a los demás?

—No, Patrick. Sería una deslealtad, desde el momento en que su amo no le autoriza a hablar. Por otro lado, lo que haya de suceder, sucederá. Y ni tú ni nadie podrá evitarlo.

Reed se volvió vivamente. *Lady* Dawson estaba en el umbral. Iba con ella Virginia, pálida y triste, como si estuviese enferma. Patrick miró a la prima de su novia inicialmente. Ella eludió esa mirada. Finalmente, Reed contempló a la dama.

—Señora Dawson, temo no estar de acuerdo con usted. El fatalismo no me parece práctico ni acertado.

—Si hubieras vivido tantos años como nosotros en Asia, pensarías de otro modo —suspiró ella—. Créeme, Patrick. Tu insistencia sobre ese tema, sólo puede provocar disgusto en mi marido. Y también en los demás. ¿Por qué no te ocupas de Hazel exclusivamente, y olvidas todo lo demás?

—Es lo que estoy intentando hacer, señora. Todo cuanto hago es por Hazel. Pero si ella peligra, no es por su culpa, sino por la de otros miembros de la familia, no lo olvido. Y sepa que esta vez es diferente todo. Existe un hecho que antes desconocía, y que ha cambiado radicalmente las cosas.

—Temo no entenderte, Patrick —arrugó ella el ceño, reflexiva.

—Señora Dawson, tenemos un testigo. La policía está investigando ahora. Hubo otro crimen anoche, a menos de cincuenta yardas de donde yo me hallaba… Nuevamente el veneno de una cobra, ¿comprende? Sólo que esta vez… esta vez esa serpiente fue vista por alguien.

—Dios mío… —Lívida, tembló Virginia, aferrándose con mano crispada al brazo de su tía—. ¿Y qué aspecto tenía, Pat?

—Lo siento, Virginia. No es agradable lo que voy a referir. Era un reptil gigantesco… Y. de súbito, se transformó. Hubo en él una mutación… y *se convirtió en una mujer* que el testigo no ha podido identificar…

Eso fue todo. Virginia repentinamente, exhaló un gemido ronco, dilató sus ojos azules, con pavor… y se desplomó inconsciente sobre el alfombrado suelo.

* * *

—Hazel… ¿Cómo está tu prima?

—Mejor —suspiró la hermosa muchacha, sujetándose con firmeza al brazo de su prometido—. Mejor Pat. Pero me preocupa su salud…

—¿Qué le sucede?

—No sé. Últimamente… en especial desde que fui atacada y… —Se estremeció—. Y ocurrió todo lo demás… Virginia no se recupera. Parece afectada por algo… Ni siquiera la noticia de que mi hermano Cliff regresa mañana de la India, ha logrado levantar su ánimo.

—¿Eso es cierto? ¿Vuelve Cliff?

—Tiene un largo permiso —suspiro Hazel—. Creo que está harto de las colonias. Ha pedido un destino en la metrópoli. Esperemos que el Ministerio se lo conceda. Viene a ver si logra resolverlo… Y también a tratar de vencer la resistencia de papá para ser el esposo de Virginia. Creo que a ella le vendría bien casarse y cambiar de ambiente, de hogar…

Entrelazadas sus manos, a la tibia y húmeda claridad de la mañana nubosa, Hazel y Patrick recorrían el jardín de la mansión. Y

en esos momentos, todos los temores e inquietudes parecían no tener sentido, ser algo incongruente, muy alejado de ellos. Sin embargo, Reed estaba seguro de que era una sensación tan optimista como engañosa. Sin saber la razón, tenía miedo. Miedo por Hazel, por los Dawson, por muchas cosas. Ahora sí iba armado, aunque no lo había revelado a nadie.

Fue Patrick quien quebró la pausa, al preguntar, tras un paseo en el que ambos jóvenes parecían sumidos profundamente en sus íntimas abstracciones:

—Hazel, ¿qué es lo que piensas tú, concretamente?

Ella se estremeció. El temblor de su piel pasó por su mano, como una corriente eléctrica, hasta la propia piel de Patrick, a través del tejido de la levita de mezclilla gris de éste. La miró. Ella exhaló un suspiro, mirándole con sus ojos llenos de inquietud.

—No sé —susurró—. Creo que no quiero ni pensar…

—¿Tienes miedo?

—Sí —susurró ella, casi temerosa de que algo, en el aire brumoso de la mañana en su jardín, pudiera captar aquella emoción suya, tan profunda e inquietante.

—Miedo… ¿a qué, Hazel?

La joven cuya garganta mostraba aún la huella levemente enrojecida de un lazo de seda negra, mortífero y cruel, no dudó esta vez en la respuesta, aunque sonó apagada y trémula:

—A todo. A morir. A los estranguladores. A ese misterioso reptil…

Se le quebró la voz. Patrick la recordó suavemente:

—El reptil salvó tu vida. No tienes por qué temerle.

—Sin embargo, Pat… será inexplicable. Quizá no tenga sentido. Pero a lo que más temo es… es a la víbora. Al reptil… a lo que sea. Incluso más que a los estranguladores.

—Hazel, ese reptil parece ser… *una mujer*.

—Dios mío —ella cerró los ojos, angustiada. Bajó la cabeza—. No digas eso. Suena tan horrible…

—Quizá no sea la verdad. Sólo dije que lo parece.

—Pero lo dijiste, Pat. ¿Crees… cree que, realmente, ocurra algo así?

—No lo sé, Hazel. Estoy tan asustado como tú. Temo por ti, por todos los de esta casa. Pero hay algo raro en cuanto sucede. La

mujer en que se transformó ese reptil al huir, tras su tercer homicidio… vino *hacia aquí.*

Hazel se paró en seco. Le miró con profunda angustia. Sus ojos recorrieron cada rincón umbrío del otoñal jardín de los Dawson con vivo horror, como temiendo que, en cualquier momento, el indescriptible monstruo surgiera de cualquier seto, de entre los arbustos de un macizo de flores, o detrás del tronco delgado de algún árbol allí plantado.

—Cielos. Pat… —gimió—. ¿Qué puede significar eso? ¿Tal vez tal vez me acecha de nuevo, me vigila, está cerca de mí?

—Si así lo hace, evidentemente es con distinta intención que respecto a los demás. Ha asesinado a un buhonero, a una prostituta… y a un estrangulador de Kali. Extraño, ¿no? Entre esas profesiones no parece existir la menor conexión. Estuvo cerca de ti, y sin embargo no te atacó y sí, por el contrario, lo hizo con tu agresor. ¿Porque era hindú, como el buhonero? Quizá. Pero la mujer de la calle era de tu mismo sexo aunque de tan distinta condición, Hazel… y la atacó mortalmente. Por tanto, no es el sexo el móvil de sus ataques. Ni el oficio de las gentes, ni tan siquiera su raza. La mujer muerta era inglesa, londinense exactamente, se llamaba Cathy Parker, y vivía en Spitalfields. De modo que tenemos un *puzzle* con demasiadas piezas sueltas que no encajan entre sí. Pero, evidentemente, no desea hacerte daño, Hazel.

—Aunque así sea… me aterra ese monstruo, sea mujer, reptil o… una mezcla de ambas cosas, Pat.

—Sí, te entiendo. Yo también siento ese temor. Hasta ahora fue amistoso contigo, pero ¿seguirá siéndolo en el futuro? ¿Lo será con los demás habitantes de la casa, incluido tu padre, que persiste en callar lo que sabe acerca de los acólitos de la secta de estranguladores?

—Pat, yo quizá pudiera… pudiera decirte algo sobre eso… —gimió Hazel, tambaleándose ligeramente sobre sus piernas vacilantes. Tuvo que apoyarse en su prometido. Éste la atrajo hacia sí con ternura y calor, trató de besar suavemente sus labios, pero Hazel se apartó añadiendo con firmeza—: Pat, papá hizo algo malo en la India. Profanó un templo…

—Ya entiendo —respiró hondo Reed—. ¿Es eso lo que desea esconder?

—Sí. Yo nunca lo supe, hasta hace muy poco. El… él robó…

—¿Robó?

—Robó algo de un ídolo hindú. Algo sin gran valor… pero sagrado para los fanáticos de la diosa Kali… Desde entonces, la sentencia de los estranguladores pesa sobre él y su descendencia.

—Su descendencia… —Patrick Reed miró angustiado a Hazel—. Querida, tú eres su hija…

—Sí. Y Clifford es mi hermano. Y Virginia es su sobrina. E incluso mamá, que es su esposa. Todos. Todos estamos marcados por el Culto de la Cobra.

—¿Por qué, precisamente… por esa secta en particular? Kali tiene otras muchas…

—Porque lo que él robó… era una Naja-Naja en piedra verde tallada…

—¿Naja-Naja? —repitió Patrick, asombrado—. ¿Qué es eso, Hazel?

—Una cobra hindú… La más mortífera de todas. La misma especie que mordió a Virginia…

—Naja-Naja… —reflexionó en voz alta Patrick—. Ahora creo entender… El inspector habló de algo que mencionó el buhonero hindú muerto cerca del Támesis… Najna. Esa fue la palabra del moribundo: Najna. Pudo significar, en el balbuceo de la muerte, Naja-Naja… Él reconoció a su agresora. Una cobra hindú… de enorme tamaño… Acaso… acaso…

—¿La… la mujer reptil? —Tembló Hazel, con ojos brillantes por el pánico y el horror.

—Sí, pudiera ser… —Estudió largamente a Hazel—. De modo que tu padre robó ese ídolo de un templo de la diosa Kali… Es lo que trata de ocultar con su obstinada actitud de ahora… Hazel, ¿te lo ha contado él mismo? ¿Acaso tu madre, que sin duda conocía también el hecho?

—No, no… Me lo ha contado alguien que también lo sabía… Moksha, nuestra doncella india…

—¡Moksha! —Pestañeó vivamente Patrick Reed, con sorpresa—. De modo que ha sido ella… Esa muchacha sabe muchas cosas, ¿no es cierto?

—Ella siempre observa y calla. Es propio de su raza. Es muy prudente, Pat —suspiró Hazel.

—Espero que sea solamente eso, querida —dijo gravemente Patrick.

—¿Qué… qué quieres decir con eso? —Se inquietó Hazel Dawson, mirándole sorprendida.

—Nada, Hazel. Pero recuerda que la mujer-reptil vino hacia aquí. Ese monstruo… es posible que sea alguien de esta casa. ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

En ese instante, del seto inmediato, surgió la Muerte.

* * *

La Muerte, en forma de tres cuerpos elásticos, sinuosos, morenos y expertos. Expertos en matar, especialmente.

No se limitaron a saltar sobre Hazel, provocando el repentino grito de terror de ésta. Un solo estrangulador se ocupó de atacar a la muchacha. Los otros dos, de figuras enjutas, felinas, y negros turbantes sobre el rostro magro, anguloso y cruel, saltaron sobre Patrick Reed. Éste vio venir sobre su garganta los negros cordones de seda, dispuestos a ajustar sobre la presa su mortífero nudo.

Estaban solos en el jardín. La mañana brumosa y fría no podía resultar más hostil para ambos jóvenes. Hazel fue fácil presa entre los brazos enjutos y musculosos de su agresor. Patrick, exasperado, mientras forcejeaba por eludir los dos lazos mortales, vio cómo arrastraban a la muchacha hacia el profundo seto verde oscuro. Ella agitaba sus piernas, luchaba con el frenesí de su desesperación, tratando de salvar la vida como fuese. Pero era obvio que esa resistencia femenina de nada serviría ante el fanático asesino del culto a la diosa Kali.

Reed, por su lado, había llegado a sentir el frío mortífero de una culebra de seda negra enroscándose sobre su garganta, y sólo un esfuerzo extremo, desesperado, le libró de sentir la definitiva presión. Ante sus ojos, un bailoteo frenético de dedos broncíneos, hábiles y feroces, señalaba la vecindad terrible de la muerte.

Pudo actuar con un solo brazo, sosteniendo en un esfuerzo más crispado y difícil, a sus dos enemigos, mientras un lazo de seda se desprendía de su cuello sudoroso, para volver inmediatamente a aferrarlo.

Para entonces, su mano habíase hundido en el bolsillo de la levita de mezclilla y, sin siquiera sacarla de nuevo, cerró los dedos en torno a la culata de su pistola, la amartilló y disparó a través de la ropa, pugnando por no sentir el aturdimiento fatal de la asfixia.

El balazo desgarró el tejido, quemándolo, y se incrustó en el rostro del estrangulador, virtualmente a bocajarro. Un reventón de carne desgarrada, huesos, ojos y dientes, acompañó al estampido del arma. El destrozo fue espantoso, y aunque la sangre golpeó con fuerza a Patrick en su cara y ropas, a cambio de ello, el estrangulador saltó atrás, con una sacudida horrible, desplomándose contra el tronco de un árbol.

Hazel, tras el seto, gritaba exasperadamente. Patrick Reed se incorporó a medias, aturdido, sangrante. El segundo estrangulador brincó hacia él como un tigre surgido de las junglas de su país de origen. Pero, como hubiera podido escribir Kipling, el colonizador pudo, una vez más, al viejo Sher Kahn.[2] El segundo disparo de la pistola de Reed, alcanzó en el cuello al asesino de la diosa Kali, haciéndole emitir un rugido de agonía, tras el cual, tambaleante, se fue contra los arbustos y de allí se deslizó al suelo, con una crispación de horror en el rostro inmovilizado.

Tras los setos, ahora, súbitamente, la lucha era feroz. Hazel acababa de gritar:

—¡No, no, Dios mío! ¡No es posible…!

Luego, lo que se percibió fue el grito alucinado, ronco e incrédulo, del propio estrangulador. Tambaleante, aturdido, bañado en la sangre de su primer agresor, Patrick Reed extrajo su pistola humeante, un revólver de cinco tiros en el que aún quedaban tres proyectiles por disparar.

Rodeó el seto, dispuesto a enfrentarse con lo que fuese. Se trataba de la vida de Hazel, y eso es lo que contaba en estos momentos por encima de todo.

No supo lo que sucedía. Descubrió, borrosamente, el bulto que formaba lo que sin duda era el cuerpo inconsciente de Hazel, entre los arbustos. Fue visible claramente su vestido color esmeralda, sus zapatos de negro charol puntiagudo… No llegó a descubrir más. Cuando menos, de Hazel, inmóvil por completo en la neblina y los arbustos.

Lo que sí contempló, horrorizado, con sus cabellos totalmente

erizados, fue una escena aterradora de muerte y de destrucción. De fantástica, delirante magnitud.

El estrangulador que atacara a Hazel, se debatía ante un monstruo de pesadilla, viscoso y cubierto de resbaladizas escamas de un verde lívido, amarillento. Una cabeza horrenda, alucinante, de enorme reptil con la lengua bífida proyectada y sibilante, contra el rostro convulso, crispado, del asesino hindú, se inclinaba sobre la garganta del asesino.

La enorme cobra, del tamaño de un ser humano, reptaba mortífera sobre su víctima. Los esfuerzos de los brazos nervudos, color bronce de éste, de nada servían en su pugna rabiosa contra el enemigo reptante. De la garganta morena, fluía ya la viscosa, oscura sangre de una herida forzosamente mortal, provocada por dos incisivos terroríficos.

Patrick Reed no supo qué hacer durante un par de segundos fugaces y que, sin embargo, parecieron una eternidad. Nuevamente creyó verse ante un dilema horrible pero cierto: el reptil protegía con su monstruosa apariencia a Hazel Dawson… y atacaba a un siervo de Ja diosa Kali. Disparar contra el reptil, podía significar un perjuicio contra Hazel. No hacerlo, implicaba ser mudo testigo, casi cómplice pasivo de un crimen. Y matar al estrangulador parecía estúpido e inútil, puesto que ya era sólo un cadáver viviente, a punto de no ser nada.

Fueron dos segundos. Y bastaron para que Patrick Reed, si realmente se equivocaba, consumara en la duda su error. Porque cuando intentó algo, la cobra gigante le disparó un seco coletazo al rostro, y el impacto fue tan duro, tan brutal y áspero, que Reed cayó hacia atrás, golpeándose en el cráneo. Eso, unido a su aturdimiento anterior, al horror mismo de la escena presenciada, a la existencia real e incontrovertible de un reptil de metro y medio de largo, luchando contra un estrangulador que parecía un crio indefenso ante sus incisivos venenosos y su poder magnético, le provocaron la inconsciencia total.

Pero de algo estuvo seguro, mientras se hundía en una neblina mucho más espesa y oscura que la que planeaba sobre el jardín aquella mañana. Y fue de que, de algún modo, borrosa, turbiamente, como una fugaz aparición ante sus ojos, una imagen familiar flotaba de repente, supliendo a la cara terrible del reptil

gigante.

Un rostro que era hermoso y enigmático, exótico y bronceado.

El rostro de la doncella hindú llamada Moksha.

Capítulo VI

La máscara del mal

Parecía haber transcurrido un siglo desde que perdiera la noción de cuanto le rodeaba.

Sin embargo, apenas debía hacer unos segundos. Ni siquiera había llegado nadie al lugar del horrible suceso, aunque se percibían pisadas rápidas y fuertes por el jardín, aproximándose torpemente en la bruma matinal.

Patrick Reed se puso en pie, tambaleante. Contempló los zapatos charolados, negros y puntiagudos, los finos tobillos, la suave seda de las medias, el verde esmeralda del amplio vestido… Y algo más allá, entre la hojarasca del seto, asomaba solamente a medias el pálido rostro de Hazel. Tan pálido, que Reed temió lo peor.

¿Tal vez… muerta?

La terrible suposición conmovió a Patrick. Rápido, se precipitó hacia ella, dominando incluso la torpeza de sus movimientos. Se inclinó, trató de hacer algo para comprobar si su espantosa suposición era errónea o no.

Respiró con alivio. Cuando menos, Hazel vivía. Estaba inconsciente, con la piel del color de la cera, pero respiraba débilmente. A su lado, el cuerpo enjuto y moreno del criminal hindú, yacía sin vida, con la huella de los dos colmillos asesinos en su garganta. Los dedos broncíneos del estrangulador habían perdido el temible cordón de seda. Reed pudo descubrirlo junto a la garganta marmórea de Hazel. Esta vez, ni siquiera había dejado su huella rojiza. El misterioso, fantástico reptil, había actuado muy a tiempo, una vez más…

Y de nuevo en favor de Hazel. Salvando su vida. Reed, perplejo, se preguntó quién podría ser la misteriosa criatura que se había

erigido en protectora de la muchacha. Aquel personaje increíble, que quizá era humano o quizá no… pero que Reed estaba seguro de que no podía ocultarse en su forma puramente zoológica, tal como era su volumen.

Como una respuesta a sus preguntas mentales, algo sucedió a espaldas suyas. Giró, rápidamente la cabeza. Solamente llegó a captar un roce ligero, susurrante, de algo que corría tras otra hilera de setos y unos altos macizos de flores. Corrió en esa dirección sin pérdida de tiempo. Rodeó el alto seto, lo cual le costó perder un espacio de terreno y de tiempo no considerable, pero sí quizá decisivo.

Cuando pasó al otro lado, únicamente se le mostró a la vista, entre la lechosa neblina de la mañana, un sendero angosto, de hojas secas desparramadas por doquier, árboles altos y esbeltos, y muros de ladrillos rojos, terminados en un portalón entornado solamente.

Vaciló. Su arma, el revólver disparado a medias, yacía atrás, en tierra, no lejos de Hazel. Ella necesitaba ayuda. Regresó a la carrera, prefiriendo ayudar a la muchacha que perseguir a un fantasmal fugitivo.

Pero cuando asomó al final del seto, descubrió que llegaba un grupo, capitaneado por el mayor Dawson, en batín de seda granate, con adornos dorados, y su fiel y silencioso Ramad. No esperó a más.

—¡Cuiden de Hazel! —avisó—. ¡Está ahí, y sólo parece desvanecida! ¡Yo voy en busca de alguien que ha escapado hace un momento!

Asintió el mayor, aún pálido y sobresaltado, y Patrick Reed regresó al triste sendero de hojas otoñales, por el que corrió rápidamente, hasta alcanzar el portalón. Lo contempló, perplejo.

Estaba herméticamente cerrado ahora. Eran dos altas hojas de recia madera claveteada, con amplio arco superior. Patrick estaba seguro de haberlo visto abierto antes. Eso confirmaba sus suposiciones: alguien había huido del escenario del drama.

Bajó la cabeza, ceñudo. Empujó con fuerza las puertas, inútilmente. Las habían asegurado por dentro, sin duda alguna. Dejó de empujar al fijar sus ojos en algo caído al pie de la puerta. Se inclinó a recogerlo.

Era una bella piedra azul. De forma hexagonal, desprendida acaso de una pieza de bisutería. Guardó la pieza en su bolsillo, y

regresó, cabizbajo, al centro del jardín, reuniéndose con los demás. Ayudó al mayor Dawson y a Ramad a conducir a Hazel hacia su dormitorio, utilizando para ello sus fuertes brazos.

—¿Qué ha ocurrido, Patrick? —indagó *lady* Dawson, angustiada su expresión, y que cuando menos ahora, formaba parte del grupo.

—Nos atacaron tres estranguladores. Logré acabar con los que me atacaban a mí. Entre tanto, un tercero arrastró consigo a Hazel… —suspirando, Pat continuó el relato, que completó hasta su final, ocultando para sí dos solos datos: la visión del rostro de Moksha, antes de desvanecerse, por no estar totalmente seguro de su certeza… y el hallazgo de la piedra azul hexagonal.

Entraron en la casa agitadamente. Se cruzaron con Virginia, con la propia Moksha, que se precipitó, angustiada, hacia su joven ama, eludiendo mirar en todo momento a los ojos de Reed. Solamente cuando Ramad partió en busca de un médico, y la muchacha reposó en el lecho, comprobado su estado físico, que era perfecto con la excepción de su desvanecimiento, producido acaso por el *shock* natural, Patrick Reed se preocupó de volverse a todos los demás, preguntando gravemente:

—¿Alguno de ustedes vio u oyó algo raro estos últimos minutos?

Se miraron todos entre sí. Hubo movimientos negativos. Sin esperar a más, Reed volvió a la carga, con una pregunta rápida, dirigida a Virginia:

—¿Dónde estuviste todo este tiempo, hasta que acudiste a los gritos de Hazel en el jardín?

Sorprendida por la pregunta, pero dominando esa perplejidad del mejor modo posible, la joven se mordió el labio inferior, antes de responder serenamente:

—Estaba en… en el gabinete, bordando… Oh, no, no. Eso fue antes. Luego subí a mi alcoba, y me disponía a cambiarme de ropa para el almuerzo, cuando… cuando esos gritos… —Se estremeció, bajando los ojos.

Reed hizo una pregunta fría y brusca:

—¿Estuvo alguien contigo todo ese tiempo o parte de él. Virginia?

Ella alzó la cabeza, con sobresalto. Pareció a punto de protestar. También el mayor y su esposa se miraron entre sí, atónitos, y antes de que cualquiera de ellos interviniera, su sobrina confesó

apagadamente, sacudiendo la cabeza de un lado a otro:

—No, nadie… Estuve sola todo el tiempo, Pat.

—Gracias. Virginia —sonrió el joven. Volvióse rápido a Moksha. La interrogó—: ¿Y tú? ¿Dónde estuviste el último período de diez a quince minutos, pongamos por caso?

La hindú no levantó los ojos hacia él ni un solo momento. Su respuesta fue tan fría, tan calmosa y concreta, que parecía estudiada:

—Hay mucho trabajo en el servicio de esta casa, señor. He pasado más de media hora entre la cocina, el patio posterior y los sótanos de la bodega… Anticipadamente, le diré que no me acompañaba nadie. Estuve sola en todo momento, señor.

—Ya. Gracias, Moksha. Has sido muy amable. Y muy concreta —no había logrado en ningún momento que alzara la cabeza. Parecía buscar algo en ella. Algo que no encontraba.

De súbito, se volvió. Sus ojos se clavaron en los Dawson. Especialmente, en una persona.

—Y usted, señora…, ¿dónde estuvo todo este tiempo, por favor? —indagó con dulzura.

—¿Cómo? —*Lady* Dawson enarcó las cejas, escandalizada—. Patrick, permíteme decirte que estás propasándote ahora conmigo, como en otra ocasión hiciste con mi esposo. Estás interrogando a mi familia, a mis sirvientes, como si fueran todos sospechosos de un crimen.

—Es que lo son, señora —fue la helada respuesta de Reed.

—¿Qué? —el rugido del mayor Dawson fue digno de uno de los fieros animales de la jungla que él tan perfectamente conocía a través de sus años de permanencia en ella—. ¿Qué estás diciendo, Patrick Reed? ¿Acaso…, acaso vienes a mi casa, por el simple hecho de ser el prometido de Hazel a… a acusarnos de sospechosos de un delito, señalando incluso a mi sobrina, a mi fiel sirvienta Moksha… y ahora a mi propia esposa? ¿Te has vuelto loco? ¿Recuerdas que Hazel fue la víctima, y que mi mujer… mi mujer es su propia madre?

—No, señor. Se equivoca en algo muy importante —replicó apaciblemente Patrick Reed—. Su hija Hazel no sólo no ha sido víctima sino que fue protegida dos veces ya por un gigantesco reptil. Un animal increíble que si antes podíamos dudar seriamente

de su existencia, ahora ya no puede caberme dudas porque yo mismo lo vi.

—Pero…, ¡pero eso es ridículo, estúpido e indignante! ¡Mezclar… mezclar a mi familia con un reptil, sea del tamaño que fuere! ¿Crees que adiestramos monstruos en esta casa?

—No, mayor. Creo, sencillamente que, sin saberlo ustedes, alojan un monstruo en esta casa. Y que ese monstruo les protege en vez de dañarles, aunque cometa otros crímenes feroces, llevado por su instinto de serpiente venenosa. Lo que en él queda de humano es lo que protege a los Dawson, porque… porque ese reptil es una mujer que sufre una horrible mutación que no se explica todavía… y esa mujer vive bajo este techo. ¿Está clara ahora la razón de mis preguntas, mayor Dawson? Por tanto, señora…, ¿por qué no me respondo? ¿Dónde estuvo en los últimos minutos y con quién?

Lady Jane Dawson le miró, muy pálida, pero también muy altiva. Negó con su cabeza, casi tan majestuosamente como hubiera podido hacerlo la propia Reina Victoria.

—Me niego a ello, Patrick —replicó, glacial—. Y que esto signifique para ti la ruptura oficial de tus relaciones con Hazel… y de tu presencia en esta casa.

—Tía Jane… —Trató de terciar Virginia.

—He dicho mi última palabra —atajó su tía con frialdad—. Vete de aquí, Patrick Reed. Tu presencia no nos es grata. En cuanto a responder a tus preguntas… me niego en redondo.

Patrick encajó bien el golpe. El joven y elegante londinense se inclinó, fríamente cortés, ante la que tenía que haber sido su suegra, de no producirse la última y amarga incidencia.

—Muy bien, *lady* Dawson —dijo—. Lo hará usted ante Scotland Yard en ese caso…

Y dando media vuelta, se retiró sin añadir una sola palabra más.

* * *

—Es una situación muy violenta la mía —suspiró el inspector Thorley Allen—. Pero creo que he salido bastante bien de ella, Reed.

—¿Respondió *lady* Jane Dawson a sus preguntas?

—Sí. Muy seca, pero muy cortés. Parece que esa mañana todos tenían algo que hacer en alguna parte… sin nadie a su lado para confirmar la coartada. Usted tuvo razón. Reed. Lo señora Dawson estuvo ocupada en el piso alto, ordenando el dormitorio que va a ocupar su hijo Clifford cuando vuelva de la India.

—Oh, Clifford… Sí, recuerdo que está al venir —Pat sonrió, sacudiendo la cabeza—. Me pregunto qué sucederá cuando desee dar estado oficial a sus relaciones con Virginia.

—Esa familia es todo un problema. Usted obligado a romper con Hazel, Clifford sin permiso para cortejar a su prima. El mayor Dawson es todo un tirano, ¿eh?

—Es el clásico militar colonialista retirado —sonrió Reed—. Su esposa también tiene culpa en eso. Es dominante, dura y poco flexible en ciertas cuestiones.

—Sí, he podido darme cuenta por su propio caso —sonrió el inspector Allen—. ¿Qué piensa hacer, Pat?

—Obedecerla. No volveré a su residencia. Pero eso no me impedirá ver a Hazel.

—Supongo que no… a menos que hagan de ella una prisionera. ¿Le preocupa su seguridad?

—Estando por medio los estranguladores, por supuesto. Han muerto cuatro, pero siempre hay más cuando una familia está sentenciada. Quizá si el mayor fuese inmolado, perdonarían al resto de los Dawson. Pero no dejaría de ser un sacrificio horrible, impropio de nuestro mundo civilizado.

—¿Civilizado? —Refunfuñó el policía—. Yo a veces dudo de eso, Reed. En especial si veo por las calles de Londres animales sueltos, más propios de una era prehistórica.

—¿La cobra gigante? No, no es un animal prehistórico, exactamente. Yo diría que se trata de un horrible misterio científico, inspector.

—¿Científico?

—Sí. Algo ha provocado esa mutación. Una mujer que era perfectamente normal, por alguna razón oculta, en la que no sé si mezclar en parte la ciencia y lo esotérico, ha sufrido una alteración biológica realmente espantosa. Quizá ciertas emociones o impulsos espolean la acción de esa mutación, convirtiendo a un ser humano en reptil.

—¿A alguien de la casa de los Dawson, según usted?

—Inspector, eso es lo difícil. Tenemos a un monstruo maléfico que induce a matar a un ser humano del que, paulatinamente, va apoderándose en grado creciente. Es el proceso biológico natural. Cuando ese leve resquicio de humanidad que queda en nuestra desconocida dama mutante se esfume, tendremos solamente a una bestia cruel, venenosa y maligna, capaz de provocar un desastre en la propia casa, incluso entre aquellos a quienes ahora defiende, como es el caso de Hazel. Tenemos por tanto, una máscara humana cada vez más débil, y una criatura escalofriante que pugna dentro de ella por emerger, definitivamente quizá, a la superficie, anulando al ser a quien posee. ¿Se da cuenta de la posibilidad que eso sugiere?

—Reed, su teoría provoca escalofríos —jadeó el policía, aturdido —. Realmente, siempre creí que Patrick Reed era solamente un joven inglés acomodado, con la carrera de abogado que no ejerce, con algunos estudios iniciales de Medicina que no concluyó… y dado a divertirse, a practicar juegos sociales y deportivos, y a ser alguien en el gran mundo londinense. De repente, me resulta usted un detective lleno de audaces teorías… que pueden llevarle a usted mismo a la muerte. Ya le atacaron los estranguladores. ¿Y si ahora lo hace el reptil?

—Creo que estuvo a punto de hacerlo la otra noche —suspiró Reed—. Luego, esa pobre mujer de las calles se puso por medio y sació su crueldad, vaciando sus glándulas venenosas. Quizá eso me salvó. O la posibilidad de que siendo alguien conocido, la pugna mental mujer-serpiente, se decantara en favor de la primera, momentáneamente.

—Reed, soy un policía con años de experiencia y de rutina, pero me temo que todo eso no me sirva de mucho en este caso. No poseo imaginación. Eso, a veces, es una ventaja en un funcionario de Scotland Yard. Otras es un inconveniente. ¿Podría ayudarme de algún modo?

—Lo estoy intentando. No por Scotland Yard, sino por Hazel, por los Dawson… y por las víctimas inocentes que, como ese buhonero hindú o esa mujerzuela, puede llegar a cosechar nuestro maligno monstruo.

—¿Está usted seguro de que era realmente un monstruo y no un

disfraz?

—Era real como usted y como yo. Una Naja-Naja, o serpiente cobra tropical, natural de la India, inspector. Seguro.

—Sí, entiendo… Reed, ¿ha pensado usted en que, siendo mujer, y originarla de la India, podría…?

—Sí, he pensado en lo que usted iba a decirme —le cortó Patrick —. Por eso le ruego que, como policía que es y ya que tiene un acceso a la casa de los Dawson que, por ahora, a mí me está vedado, investigue algo sobre esa persona.

—¿Qué?

—Busque algo: un collar, una joya cualquiera… donde falte esto —y le mostró la piedra azul, hexagonal—. Y búsquelo donde usted imagina: registre las habitaciones de esa persona. Obtenga una orden judicial, si es preciso.

—La tendré. ¿Cree que ella es…?

—No creo nada —susurró Reed, meneando negativamente la cabeza—. Es aventurado hacer hipótesis aún. Esta mañana perseguí a alguien que estaba cerca de Hazel y de mí cuando me recuperé del coletazo de la cobra gigante. Ese alguien escapó, ocultándose en un anexo que luego he sabido es la cochera de los Dawson. Desde allí, hay acceso, un patio posterior. Y a una escalera que lleva a una terraza de la planta alta, donde existen diversos alojamientos.

—¿Era… el reptil?

—No lo sé. Es lógico suponer que sí.

—¿Y era… ella?

—Tampoco lo sé. Pero la piedra azul estaba en su umbral, justamente.

—Entiendo. Iré a ver eso. Si hallo la pieza montada de donde falta esta piedra —detendré en el acto a…

—No, no lo haga —cortó vivamente Patrick—. Si es inocente, habrá cometido un grave error.

—¿Y… si no lo es?

—Quizá se llevase una sorpresa demasiado desagradable, ante la mutación que sufriera…

—Llevaré… llevaré hombres armados… —Se estremeció Thorley Allen.

—No. No los lleve. Es mejor hacer las cosas sin demasiado aparato. Limítese a buscar el hueco que corresponde a esta piedra.

Es todo: Ah, y compruebe si, como yo creí observar esta mañana… la habitación de Virginia Dawson asoma casi Justamente encima del lugar donde Hazel y yo fuimos atacados en el jardín por los siervos de la diosa Kali

—Dios mío, ¿eso significa que…?

—Por favor, inspector, no se precipite —lo calmó Reed con sonrisa fría y enigmática—. Eso no significa nada. Solamente le mego que haga cuanto le dije.

—Sí, Reed. Lo haré. Tendrá mi respuesta hoy mismo. ¿Dónde puedo verle?

—Estaré en él club de Abogados de Bond Street hasta las cinco —bostezó calmoso Reed—. Luego iré a mi casa. Ya sabe dónde está, en Oxford Street… Exactamente el número…

—Lo sé perfectamente —asintió con ironía el funcionario de Scotland Yard—. En principio, amigo mío, cuando ignoraba si este caso era obra de un monstruo, de una mujer mutante o de algo diabólico, usted era uno de mis sospechosos… y anoté cuidadosamente cuanto a usted se refería.

—Vaya, inspector —se echó a reír Patrick, de buena gana—. No parece usted tan distraído ni tan tonto como quiere hacer creer a los demás…

Capítulo VII

Mutación final

Una vez más, aquella irritante pasta gris, envolviendo las calles en un frío y húmedo sudario. Una noche más, Londres sería un sitio peligroso y hostil para los transeúntes aislados.

Patrick bajó la cortina de la ventana de su gabinete, con un suspiro. Encendió el cigarrillo, al extremo de su boquilla de espuma. Paseó sobre el suelo alfombrado, con el gesto reflexivo.

En el hogar, ardían los leños con un crepitar confortable y cálido. Las luces de gas, en los muros empapelados y en los muebles de nogal, prestaban una atmósfera rosada e íntima a la estancia. Quizá por todo ello, el contraste con el exterior fuese más acusado.

El pequeño reloj desgranó musicales, suaves campanadas, sobre el rosado mármol de la repisa de la chimenea. Reed lo miró, pensativo.

Las siete. Noche cerrada ya. No tenía noticias del inspector Allen todavía. Eso le lograba excitar los nervios. No sólo por las diligencias a realizar por el policía, sino porque estaba pensando en Hazel, a quien le estaba prohibido visitar, y cuyo estado de salud podía estar muy quebrantado, tras la emoción de aquella trágica mañana.

Todo el asunto resultaba increíble. Sin embargo, lo que hasta entonces habían sido suposiciones, teorías, la dudosa declaración de un testigo algo bebido, y cosas así, ahora era para él una evidencia: había visto al reptil, Pero no su mutación, por supuesto. Aunque la evocación de un bello, exótico rostro bronceado, flotando ante él en las brumas matinales y en las de su cerebro aturdido, no dejaba de perseguirle insistentemente.

Había sido una hermosa visión, sí. Pero quizá, también, era

terrible su significado. Podía suceder que el inspector Allen le trajese al fin la respuesta a tantas dudas.

Cuando sonó el timbre de la puerta de su casa, con un tintineo suave y repetido, Patrick respiró hondo, aliviado. Ya estaba allí el hombre de Scotland Yard. Iba a haber respuesta a algo, cuando menos…

Fue decidido a abrir la puerta. Y la abrió, haciéndose a un lado para invitar al visitante:

—Pase, inspector, por favor, y…

Se encontró ante otra persona. Y ante unos penetrantes ojos pardos que le miraban fijamente. En la mano del inesperado visitante, un arma. Un revólver que le encañonaba con fijeza y decisión.

—¿Puedo entrar, señor Patrick Reed? —dijo una voz acerada y brusca.

* * *

Luego, una risotada acogió el gesto de sorpresa y desorientación de Patrick.

Bajo el ancho bigote rojizo, la boca dibujó una mueca burlona. Los pardos ojos destellaron jovialmente en el rostro recio, oscuro y enérgico. La voz, sin embargo, seguía siendo hosca y metálica, pese a su nuevo tono alegre y risueño:

—¡Vamos, vamos, Pat! ¡No me digas que no me has logrado reconocer!

—¡Diablo, Cliff! —exclamó Reed—. ¡Clifford Dawson… de paisano, sin uniforme, y con esa tez oscura! ¿Quién podía reconocerte?

El arma había bajado, volviendo a un bolsillo de la levita gris clara del visitante, y un abrazo unió a ambos hombres. El bromista fue obligado a entrar en el gabinete, donde los dos jóvenes se miraron, riendo.

—Sin uniforme, sí —admitió el joven Dawson, risueño—. ¡La que armó papá al verme, Pat! Yo creo que quería fulminarme con la mirada, palabra. Pero soportó el golpe.

—Ha tenido varios últimamente. Quizá por eso no te llevaste tú

todo el chaparrón —sonrió Patrick, divertido.

—Oh, cierto —frunció Clifford Dawson su rojo ceño—. Sé lo que pasó. Virginia me ha contado todo, Pat. Lamento mucho lo sucedido. Creo que tendrá arreglo, pese a todo…

—No sé si lo tendrá, Cliff. Dejemos eso ahora, y hablemos de ti. No te esperaba tan pronto, la verdad…

—Oh, ni en casa tampoco. Me esperaban en un convoy militar que venía de Bombay. Yo me adelanté en un barco de pasaje, como civil que soy.

—¿Civil? Cliff, ¡si eres teniente del ejército de Su Majestad!

—Lo era. Pedí la baja. Vuelvo a la vida normal. Estoy harto de la India, de las colonias y de la vida de cuartel. Papá fue un militar ejemplar, pero yo no. No sirvo para pasarme toda una vida así.

—Cielos… ¿Lo sabe él ya?

—Fue lo primero que le dije. Era duro, pero había que hacerlo cuanto antes.

—¿Y ha resistido eso?

—Me temo que no muy bien. Pero no se subió por las paredes. Aunque quizá lo haga más tarde, y me eche de casa, como a ti —terminó, riendo estentóreamente.

—Bueno, se puede decir que eso superará cualquier otro impacto. Incluso el de tus relaciones con Virginia.

—Ya abordé eso también.

—¡Cliff! ¿Eres un loco o un suicida?

—Ambas cosas. Pero el viejo tigre lo soportó también. Creo que está muy enfermo para que todo eso no le haya hecho reventar de una vez por todas, palabra.

—Vienes muy agresivo…

—Hay que serlo, Pat. O terminan devorándote. Estoy decidido a todo: a ser un ciudadano como los demás, a ser el esposo de Virginia, y… —Se detuvo, pensativo, sombrío su gesto. Puso su firme mano, ruda y curtida por el sol tropical, sobre el hombro de Reed, concluyendo—. Y a ayudarte a ti en todo esto.

Hubo una corta pausa. Sólo se percibía el chisporroteo del fuego en los leños del hogar.

—¿Lo sabes todo? —preguntó despacio Patrick.

—Todo —afirmó Clifford, ceñudo.

—Y… ¿lo crees?

—Al principio, no podía creer una sola palabra. Luego empecé a pensar. Y lo creí, sí.

—¿Pensar? ¿Tenías algo en qué pensar? Tú vienes de la India, Clifford. No puedes saber nada sobre… sobre el reptil, la cobra Naja-Naja y todo lo demás.

—Olvidas algo, Pat. Los Dawson hemos vivido siempre en la India, no en Londres. Si aquí se ha desencadenado la tragedia de los estranguladores, tuvo su origen allí. Si aquí, una mujer se ha convertido en una mutante, en una extraña criatura, ya reptil, ya humana, eso… eso también empezó allí.

—¿Por qué estás tan seguro de ello, Cliff?

—Porque tiene que ser así. Recuerda que ese reptil es, Justamente, la variedad que has mencionado: una cobra tropical hindú. Por tanto, alguien trajo consigo esa cobra desde la India. Quiero decir: ya venía dentro de alguien.

—Sí —excitado, Reed miró a su amigo—. He pensado ya en eso. Es curioso que tú me lo confirmes. Pero…, ¿quién?

—Virginia fue mordida por una cobra venenosa, ¿recuerdas? —preguntó de súbito Clifford Dawson.

—No lo he olvidado —asintió Reed, sin quitar la mirada de él—. ¿Es que ella…?

—Pat, muchas personas fueron antes mordidas por una cobra. Murieron o se salvaron, pero la mordedura existió. Que yo sepa, nadie se convirtió en serpiente por ello.

—El veneno lo succionó alguien…

—Moksha, sí —las cejas rojas de Clifford se fruncieron, hoscas—. También eso la acusa. Pero he visto a nativos succionar la ponzoña de una mordedura de reptil. Ninguno se transformó en nada raro.

—Sé lo que quieres decir. El incidente no quiere decir nada por sí solo.

—Exacto. Ha de haber algo más.

—Sí, pero ¿qué?

Clifford le miró fijamente. Sus ojos pardos brillaban profundamente. Resopló al hablar:

—Mi padre ha cometido muchos errores en su vida. Uno, fue provocar la ira de los servidores de la diosa Kali, llevándose de su templo una serpiente de piedra verde. El signo de los adoradores del

Culto a la Cobra, dependiente de la secta de Kali.

—Lo sabía. La serpiente de piedra verde… —Miró, pensativo, a Cliff—. ¿Crees que ese simple objeto pudo provocarlo? Sería creer en supercherías, en sortilegios y maldiciones.

—La India es una tierra extraña y llena de enigmas, Pat. Yo no me fiaría mucho de que algo así no fuese posible. Pero, de todos modos, sigue predominando en mí este británico sentido mío de la lógica que jamás me abandonó. Eso me ha hecho pensar en otra cosa, en otra posibilidad más… más racional. Más factible, diría yo.

—¿Y… la hay?

Clifford Dawson asintió despacio con la cabeza.

—Sí, Pat —dijo enfáticamente—. La hay. Y yo la conozco.

En ese momento, a espaldas de Patrick Reed y de su joven visitante, se quebraron unos vidrios estrepitosamente, Pat, rápido, giró la cabeza en esa dirección. La ventana posterior del gabinete se había quebrado con un estallido de sus vidrieras, tan repentino como inexplicable.

Un biombo estampado cayó con estruendo, volcado por algo, dejando la ventana a la vista, con los vidrios destrozados.

Ambos amigos emitieron un grito de horror.

El reptil estaba ante ellos. Se deslizaba rápido sobre la alfombra, con su erguida cabeza y su collera ensanchada, sibilante su bífida lengua, escamoso y brillante su enorme cuerpo…

Los malignos ojos oscuros, crueles y ávidos de muerte, estaban clavados magnéticamente en ellos, con una fuerza casi hipnótica…

—¡Es ella! —Rugió Patrick—. ¡La mujer-reptil, Cliff!

—Sí —dijo ahogadamente el joven exmilitar, intensamente pálido bajo su tez bronceada—. Y viene a destruirme para que no revele su identidad, Patrick… Pero aun así, debes saberlo. Ella es…

La cobra monstruosa emitió un sonido chirriante y atroz. Luego, se precipitó sobre su víctima. Sobre Clifford Dawson, buscando su yugular…

* * *

Patrick Reed se precipitó sobre el mueble más próximo, donde guardaba su revólver, pero aun así, estaba seguro de que jamás

tendría tiempo suficiente para abrir la gaveta, extraer el arma, amartillarla y disparar contra la cabeza horrible de aquel monstruo.

Clifford trataba de resistirse, de luchar contra el reptil, pero eso era tan inútil como pretender enfrentarse sin medios a una fiera de la jungla. O quizá peor, porque aquel ser era un ofidio, cruel y astuto, rápido y diestro… y poseía una mente humana, cuando menos en parte.

Acorralado entre la cobra y la pared, el joven Dawson forcejeaba por eludir el salto del monstruo, acosándole en busca de la mordedura definitiva. En realidad, parecía jugar con él, como si alargara su agonía, como si no quisiera rematarle aún, seguro de que su rapidez de víbora y la sutil profundidad de sus colmillos serían suficientes para, en una décima de segundo, y a su entera voluntad, terminar con la tragedia.

Patrick había logrado ya abrir la gaveta, su mano temblorosa se precipitó sobre la niquelada forma del arma…

Aun así, hubiera sido tarde ya. Él lo sabía.

En ese momento, alguien mucho más rápido, actuó desde el exterior. A través de la enorme abertura que formaba el vidrio estrellado, penetró un verdadero alud de proyectiles, cuyo objetivo era la cabeza de la enorme cobra.

Balas de pesado calibre, alcanzaron al reptil en diversos puntos de aquella cabeza majestuosa y maligna a la vez. Oscura, espesa sangre, saltó de sus orificios.

Clifford Dawson cerró sus ojos, horrorizado. Sudoroso y lívido, jadeó algo ronco entre dientes. No pareció particularmente feliz en el trágico final de su enemigo mortífero, que ahora se agitaba, dando coletazos horribles, volcando muebles, destrozando objetos decorativos e incluso derribando una lámpara de petróleo, que derramó su contenido por la alfombra, extendiéndose las llamas sobre el reguero, que prestaron una luz dantesca a la escena.

Las armas, afuera, seguían rugiendo, implacables. El cuerpo todo, aquel viscoso cilindro reptante, cubierto de escamas, se agitaba, acribillado a balazos. Patrick pudo descubrir borrosamente las siluetas azules de los *policemen*, sin armas, rodeando la manzana, allá en las aceras opuestas, mientras desde el centro de la calle, hombres de Scotland Yard, con el inspector Allen a la cabeza, vaciaban sus rifles sobre el animal.

Con unos últimos coletazos, totalmente desgarrado por las balas, la cobra enorme se precipitó sobre el suelo, rodó entre las llamas, exhalando un extraño, escalofriante sonido entre sus fauces.

Algo demasiado parecido a un lamento humano, a un estertor de agonía, mezclado con el sibilante jadeo animal de un vulgar reptil agonizante.

Luego, todo fue quietud y silencio en el animal. Patrick apagó los mecheros de gas con celeridad, para evitar una explosión, y entre él y Clifford arrojaron sobre las llamas cortinajes y ropas, para ahogar el incipiente incendio.

—¡Ya puede subir, inspector! —voceó Patrick roncamente—. El monstruo ha muerto…

Y giró la cabeza, para contemplar con patetismo a aquel cuerpo horrible, en el que se había transformado un ser humano, víctima de algún horror inconcebible.

Por la ventana, algunos policías entraron en el gabinete de Patrick Reed, escalando la fachada en su planta inferior. Clifford fue a abrir la puerta a otros. Mientras tanto, Pat había exhalado un repentino grito de horror, al enfrentarse con el reptil.

La mutación, una última mutación, estaba teniendo lugar ante sus propios ojos, allí en el suelo del gabinete.

Un cuerpo viscoso y escamoso de serpiente cobra, estaba cambiando, metamorfoseándose mágicamente en una figura femenina, desnuda y hermosa… Una figura de mujer, sobre la que las huellas de bala abría horribles boquetes ensangrentados, sobre muslos, senos y espalda, y muy especialmente sobre su cabeza y cuello…

—No, por favor… —sonó, ronca, la voz de Clifford—. Vale más que no mires… No mires eso, Pat, por el amor de Dios.

Patrick supo por qué hablaba así Clifford Dawson. Lo supo, mientras sus ojos dilatados, cuajados de angustia, de espanto, de desesperada consciencia, contemplaban, finalmente, el desfigurado rostro femenino, los cabellos sangrantes, las manos crispadas, los dedos enrojecidos la vidriosa mirada final, fija acaso en él, como postrer reflejo mental de un cerebro humano que ya empezaba a dejar de serlo cuando la muerte le sorprendió…

—Lo sabía —susurró Patrick, estremecido—. No quería aceptarlo, pero lo sabía. Había empezado a comprenderlo hoy

mismo… Hazel, Hazel, amor mío. Eras tú…

Epílogo

—Hazel… Ella…

Siguió un amargo silencio, largo y profundo. *Lady* Jane Dawson bajó la cabeza, rompiendo en un sollozo. Fue breve, pero profundo, emotivo.

Virginia, muy pálida, temblorosa, se abrazaba a Clifford. Éste era como un espectro del hombre jovial que era antes. Ramad y Moksha permanecían a un lado, siempre silenciosos, como mudos testigos de cuanto sucedía ante sus ojos.

Patrick Reed y el inspector Allen, permanecían sentados en medio de la sala. Sólo el mayor Dawson faltaba a la reunión, tensa y dolorosa.

—Sí, señora —afirmó apagadamente el inspector—. Era ella. Yo no lo sabía. Sospechaba de su sobrina, por tener el dormitorio encima de donde fueron atacados Hazel y Patrick. Sospecha también de ella porque fue mordida por una cobra en la India. Y de Moksha por ser hindú, por haber succionado entonces el veneno… Nunca sospechó de Hazel, porque ella era la favorecida por el reptil.

—Esa era la más clara prueba, pero estábamos tan ciegos que no la veíamos —suspiró Pat—. Yo, sobre todo. Hazel no era defendida por nadie. De haber sabido eso, hubiéramos comprendido la verdad. Lo cierto es que se protegía a sí misma. Al ser atacada, al verse en peligro, su «otro yo», el reptil, aparecía, al excitarse sus glándulas mutantes. Así de sencillo era…

—¿Glándulas mutantes? —preguntó *lady* Dawson—. ¿Qué era eso, Patrick?

—Es una larga historia, mamá —terció Clifford roncamente—. Me siento un poco como Caín, pero mi llegada sólo precipitó unos hechos que, inexorablemente, hubieran terminado del mismo modo, aunque quizá con más sangre inocente derramada. Papá fue, una vez más, el culpable de todo.

—¿Tu padre? —Temblaron los labios y los ojos de *lady* Jane Dawson—. ¿El ídolo verde…? ¿Era tanto su poder maléfico?

—No, mamá. La India tal vez sea tierra de cosas inexplicables humanamente, pero ésta no era un sortilegio. Papá se atrajo sobre sí y sobre todos nosotros la maldición de la diosa Kali. Pero hizo algo más que eso. Y también lo silenció siempre. Yo lo supe casualmente, hace muy poco, cuando asistí en Peshawar a un hombre moribundo, que me confesó algo horrible, en su lecho de muerte. Ese hombre se llamaba Kailashi…

—¡Kailashi! —repitió con fervor Ramad, saliendo de su mutismo habitual—. ¡El santón!

Clifford miró tristemente a su servidor. Negó con la cabeza.

—Kailashi era cualquier cosa menos un santón. Pero como tal le tuvo papá siempre, y como tal le permitió ayudarle en sus acciones en tierras indias, para ganar prestigio ante los nativos. Kailashi era un hombre de ciencia, señalado también por los estranguladores de Kali para morir, por una vieja traición. Él no se llevó de su templo un simple idolillo de piedra, sino algo mucho más importante: un viejo secreto de un científico hindú que conocía misteriosos productos sobre los que todavía nosotros no poseemos conocimiento alguno. Un frasco de oro, contenía un extraño fármaco que el desaparecido científico había donado como ofrenda a la diosa Kali. Aquel científico hindú era un hombre respetado y amado por los demás, y su ofrenda allí continuaba. Kailashi la robó, y al analizarla, con sus propios conocimientos químicos y biológicos, obtenidos en centros de estudios ingleses cuando no era Kailashi el paria, descubrió su terrible poder: era capaz de producir efectos increíbles sobre los humanos que recibiesen inyecciones de aquel producto calificado como mágico por los adoradores de Kali.

—¿Qué era realmente? —se interesó Virginia.

—Un producto biológico que podía alterar glándulas y tejidos, produciendo mutaciones extrañas. El hecho tardaba tiempo en producirse. Cuando la persona era mayor de edad, se presentaban sus efectos terribles. Paulatinamente, como todo lo que cualquier ciencia no ha llegado a dominar por completo, ese producto terminaba por llevar las mutaciones a un grado de total dominio de la criatura extraña —en este caso una cobra, quizá porque algo de los tejidos y glándulas de la propia cobra formaban parte del

producto—, y lo humano terminaba inexorablemente por desaparecer. Hazel hubiera terminado siendo… sólo un reptil monstruoso.

—Pero… ¿por qué Hazel, Dios mío? —Gimió su madre—. ¿Por qué ella, Clifford?

—Porque Hazel sufrió un mal de la India, los médicos ingleses no acertaron a curarla, y el supuesto santón Kailashi si lo logró, ¿recuerdas? Entonces, papá le permitió que le inyectase durante unas semanas un preparado suyo para fortalecerla. Ella tenía entonces sólo dieciocho años. A los veintiuno cumplidos, ya una mujer… el mal se presentó en su ser. Ya visteis las consecuencias. Kailashi quiso hacer un experimento. Me lo confesó en la India al morir. Yo vine antes, fingiendo mi habitual alegría de siempre, para no asustaros, temeroso de que fuera demasiado tarde… como así ha ocurrido. Lo siento, mamá. Lo siento más que nadie. No se pudo hacer nada. Iba a matarme a mí, cuando… cuando la policía evitó a Patrick el horror de tener que destruir a… a su propia prometida.

Hubo un profundo silencio. Patrick habló finalmente:

—Lo sospeché esta mañana. La segunda intervención del reptil era extraña. Siempre defendiendo a Hazel… Sin decidirse a atacarme a mí definitivamente aquella noche… como hoy hizo con Cliff, con lo poco que de humano le quedaba ya… Luego, recordé… Mientras veía al reptil, vi sólo los zapatos y ropas de ella en el suelo, no su cuerpo. Luego sí vi sus piernas, sus medías, su cabeza. No antes.

—¿Y Moksha? —Preguntó secamente el inspector Allen—. ¿Por qué escapó ella?

—La pobre Moksha, tan sospechosa… —sonrió penosamente Patrick, yendo hasta ella, y tomando su bello rostro exótico por la barbilla. Se lo alzó, hasta cruzar ambos sus miradas—. Perdona, muchacha. Creo que esta mañana te diste cuenta de algo y, horrorizada, huiste, ocultándote en la cochera. Era tuya la piedra azul, ¿verdad?

—Sí —musitó ella, turbada—. El inspector halló mi collar, con la ausencia de esa piedra. Yo vi a la señorita Hazel ponerse sus ropas… Vi sus piernas… escamosas y raras… Tuve miedo y huí. Creo que ella no llegó a verme.

—Te hubiera matado, de ser así —suspiró Patrick Reed—. Y

hubiera sido una lástima. Una criatura tan hermosa y noble como tú, muchacha… Creo que siempre sospechaste de ella, ¿no?

—Era sólo instintivo, pero… sí. Sospeché de ella —dijo, con mejillas enrojecidas, rehuyendo la mirada.

—Cuando hallé el collar de Moksha, ella había desaparecido de la casa —explicó Allen—. Nadie sabía dónde estaba. Sospechaba de ella, pero seguí sus instrucciones, Reed. Luego, decidí registrar algunas cosas más… y me encontré, en la alcoba de Clifford Dawson con un Diario en el que registraba cuanto acababa de referir él. Asustado, pregunté dónde estaba Clifford, y me dijeron que en su casa. Busqué a Hazel… ¡y su alcoba estaba vacía! Temiendo lo peor, reuní a hombres armados y corrí a su casa. Patrick.

—Llegó a tiempo, inspector. Muy a tiempo —aprobó Pat, sombrío—. Gracias por todo. No debe sentir remordimiento. No mató a Hazel Dawson. Ella estaba ya muerta desde mucho antes, cuando aquel Kailashi quiso experimentar en ella… en su cuerpo, sus tejidos… y su propia mente. Son errores de una ciencia que ni allí ni aquí está aún en situación de llegar a ciertos límites, inspector.

Se extendió otro silencio por la sala. Preguntó el inspector, curioso:

—¿Y el mayor Dawson? ¿Dónde está?

—Arriba —explicó gravemente *lady* Dawson—. Sabe lo sucedido y… no se ha sentido capaz de soportarlo ahora. Se siente culpable de tantas cosas…

Moksha habló con voz pausada:

—¿Arriba? No, señora. Yo le vi antes, cruzar el vestíbulo, hacia la salida. Caminaba muy despacio.

—¿Eh? —*Lady* Jane se incorporó, alarmada—. ¿Eso es cierto, Moksha?

—Sí, señora. Si desea comprobarlo…

—¡Vamos! —gritó Patrick roncamente—. Temo algo.

Corrieron arriba. Moksha iba junto a Patrick. Llegaron a la alcoba de los Dawson. Era cierto. El mayor no estaba allí. Pero sobre el lecho había un sobre. Y unas palabras escritas en él:

A JANE

Patrick no esperó a dárselo a la señora Dawson. Lo abrió por sí mismo, decidido. Leyó lo que tanto temía:

> Querida:
>
> Creo que ya hice demasiado mal, sin querer. Sería horrible seguiros condenando a una maldición que sólo a mi corresponde purgar. A eso voy. No me sigáis. He logrado pactar con ellos. Si me entrego… ningún Dawson tendrá que temer a la diosa Kali. A pesar de todo, os he amado.
>
> Adiós, querida.
>
> Spencer

El inspector leyó lo que Patrick le entregaba. Dio rápidas órdenes. Moksha oraba a su lado. Patrick sacudió la cabeza, mirando a la joven hindú.

—Será inútil. Él sabe lo que ha elegido. Y ha sabido hacerlo, además. Como un valiente… Eso le exime de todo posible error pasado.

Lentamente, siguió a Moksha fuera de la estancia. Puso una mano en su brazo.

—Vamos, muchacha —dijo—. Tal vez te convenga salir un poco de esta casa ahora…

Salieron. Patrick Reed tuvo razón. El mayor nunca fue hallado… vivo. Kali descansó tranquila. Nunca volvieron a temer nada los Dawson.

Clifford y Virginia fueron pronto matrimonio. *Lady* Dawson se fue a vivir con ellos. Y a olvidarlo. O intentarlo.

Patrick Reed… también se casó, finalmente. Con una bella, exótica muchacha de lejanas tierras, llamada Moksha…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Verídico. Un periódico que, en su época, suplía con dibujos espeluznantes lo que la fotografía proporcionaría más tarde a los partidarios de tal clase de periodismo. <<

[2] Alusión a ciertos matices expuestos por Rudyard Kipling en *El libro de la selva*, donde algunos personajes extranjeros, representan en realidad el espíritu colonialista, frente a Mowgli o Sher Kahn, el tigre asesino, símbolo de la India. Kipling no brilló nunca por su crítica al colonialismo, pero manejó símbolos semejantes. <<